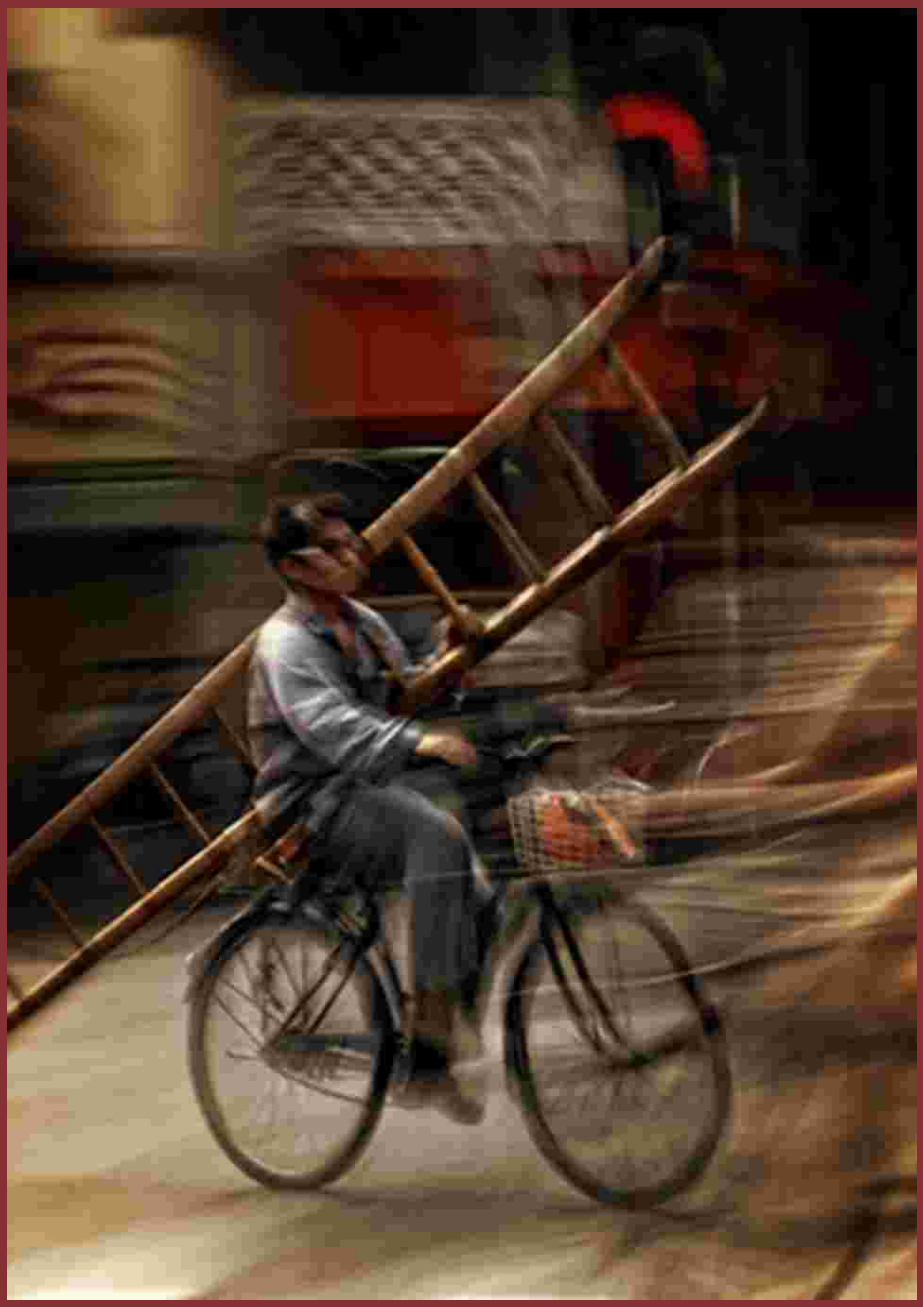
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



Homenaje al Arte Fotográfico a través de la mirada y el objetivo de Carlos de la Rúa

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Revista cuatrimestral

Nº 25 Julio de 2012

AUCA

© De los textos, los autores
© De las fotografías, Carlos de la Rúa

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Juan Vicedo Sánchez

Consejo asesor : Julia Díaz Climent, Inmaculada Méndez, Trinitario Rodríguez, Mª Isabel Pintos, Mercedes Rodríguez, Lucía Espín Martínez, Francisco Alonso Ruiz Pérez, Manuel Valero Gómez.

Colaboradores : Miguel Gutiérrez García, Jonás Ángel, Paquita Baeza, Eva Llopis Marcelino Menéndez, Maritza López-Laso, Germana de Miguel, Isabel Pérez Aranda, José Agustín Navarro, Mª Rosa Castillo, Paqui Herrera, Carlos de la Rúa, Enfero Garulo, Pilar de Juan, Sergio Gadea, Mª Dolores Lamata, Amparo Benito, Ana Marlópez, Isabel Lozano, Ariadna Robles, Teresa Giner y Viki Ródenas,

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Segundo García
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *En bicicleta por la ciudad,* de Carlos de la Rúa

Imprime : Gráficas Cervantes

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Gravina, 4 –Centro Loyola-. 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE	AUTOR	pág
Era un día de mercado	Julia Díaz Climent	3
Cuando Teresa llega, desde entonces…	Manuel Parra Pozuelo	4
Pequeños poemas II	Fcº Alonso Ruiz Pérez	5
El ruido del silencio	Isabel Lozano Martínez	6
Se eclipsó la luna/ Desde dentro	Eva Llopis / Enfero Garulo	6
El río de Baión	Airam Lebasi	7
Cuaderno de ahora mismo: Hacia la última poesía…	Manuel Valero	8
Detrás de los espejos	Manuel Parra Pozuelo	10
Porque ya no llegan las águilas	Juan Vicedo	11
En Venecia	Airam Lebasi	12
En mis labios…	Inma Méndez/Alféizar	13
El cielo y la tierra	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	14
Sobre las alas del viento	Trinitario Rodríguez	16
Retrato de Cervantes / Liras a Miguel	Juan Vicedo / Lucía Espín	17
La huella	Paquita Baeza	18
La palabra	Mª Dolores Lamata	19
Quisiera ser un árbol	Mª Rosario Mohinelo	19
Fue en los años de abundancia	Sergio Gadea Escudero	20
Triángulo de amor bizarro/Cuentos para adultos…..	José Agustín Navarro Martínez	21
Soneto	Julia Díaz Climent	21
Ecos del agua	Isabel Pérez Aranda	22
Homenaje a Quevedo	Fcº Alonso Ruiz Pérez	23
El muerto que no estaba en el tanatorio	Airam Lebasi	24
Silbo	Ana Marlópez	25
No debería	Jonás Angel	26
CUADERNILLO dedicado a Carlos de la Rúa	Varios	27-36
La boda	Mª Rosario Mohinelo	37
Homenaje a Nicanor Parra. Premio Cervantes 2012	Juan Vicedo	38
Canción del niño soldado	Fcº Alonso Ruiz Pérez	39
Un mala experiencia	Airam Lebasi	40
Liras al desengaño	Lucía Espín	41
Tu río y el mío	Paqui Herrera	42
En el filo de la navaja	Marcelino Menéndez González	43
Perecer	Manuel Parra Pozuelo	44
La casita y la palmera	Mª Amparo Benito Díez	45
Sin otro equipaje	Pilar de Juan	46
Albada de espada y mar	Manuel Valero	47
El arte de llorar	Maritza López-Lasso	48
Sonetos	Julia Díaz Climent	49
Perfecta tormenta	Manuel Parra Pozuelo	50
Tres pensamientos breves	Germana de Miguel	51
No surgió la rosa de la tierra	Inma Méndez/Alféizar	52
Vicente Aleixandre, un Nobel casi olvidado	Juan Vicedo	53
Las águilas reales	Fcº Alonso Ruiz Pérez	55
Venecia, amada mía. Un poemario multidimensional	Rafaela Lillo	56
Sera cuestión de edad	Rosa Mª García Castillo	60
Invitación a la lectura en su integridad de los…	Manuel Parra/Carlos Candela	61
Tiempo de soledad	Miguel Gutiérrez García	64
Centenario MH	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	65
Tinieblas	Viki Ródenas Picó	67
Broche Final (Fotografías)	Carlos de la Rúa	68

PRESENTACIÓN

Aún en nuestros oídos los ecos de los poemas de nuestros compañeros Mercedes Rodríguez García-Olías y Francisco Alonso Ruiz, pertenecientes a sus nuevos trabajos "Venecia, amada mía" y "Cuaderno de ahora mismo", editados en la colección Presencias Aucanas, hoy volvemos a dirigirnos a ustedes para presentarles nuestra revista número 25, cuyos textos deseamos sean de su agrado.

Mucha es la poesía que contiene en su interior esta revista y que trata toda clase de temas: homenajes a poetas como Nicanor Parra, -Premio Cervantes 2012-, Miguel Hernández, Quevedo o a los lugares amados y al mar, siempre el mar… Homenaje en recuerdo a las víctimas del bombardeo de aquel fatídico 25 de mayo de 1938 que hace Julia Díaz en su poema "Era un día de mercado", o poemas de denuncia, como el de Francisco Alonso Ruiz, titulado "Canción del niño soldado". Poemas sobre el paso del tiempo; poemas que formulan las inquietantes preguntas que nos hacemos los humanos y que aún no han hallado respuesta, pues, como dice Manuel Parra, solo conocemos el final ineludible que nos aguarda. Pero también poemas de amor y de esperanza, de alegría y de canto y de algo poco común, de agradecimiento.

Mucha poesía hay también en las fotografías que enriquecen nuestras páginas, obra del donostiarra Carlos de la Rúa (1966) que partió en el año 2002 hacia Extremo Oriente con su mirada sensible y escudriñadora y un acervo de cámaras en su mochila viajera. Reside actualmente en China, donde desarrolla su actividad profesional y artística. Auca de las letras le rinde homenaje reproduciendo parte de su obra en las páginas de su revista, y en el cuadernillo central con los comentarios que han suscitado en nuestros compañeros algunas de sus fotografías.

En su artículo "Retrato de Cervantes", nuestro compañero Juan Vicedo, nos habla de las vicisitudes de la vida del autor de El Quijote, y en el titulado "Vicente Aleixandre, un Nobel casi olvidado", nos recuerda que el poeta *quiso bajar y descender para buscar la esencia cósmica, la pasión del amor, la fuerza del paraíso.* Y afirma que leer a Vicente Aleixandre es descubrirnos y leernos.

Manuel Parra nos presenta a la poetisa peruana Teresa Orbegoso Álvarez en su artículo "Cuando Teresa llega, desde entonces…", y destaca la cruel circunstancia de que, a veces, las heridas nunca cicatrizan. Teresa América, Teresa del Perú, Teresa hermana tan cercana...

"Invitación a la lectura en su integridad de la verdad sobre los atentados de marzo", es el largo título del escrito en el que Manuel Parra comenta el libro de Carlos Candela Ochotorena, o Carlos María Vela, tanto monta, del cual reproduce el capítulo 12

"Cuaderno de ahora mismo: hacia la última poesía de Francisco Alonso Ruiz", es el título del artículo de Manuel Valero sobre la obra del poeta citado, de quien dijo en otra ocasión: *la poesía de Paco es una poesía de resistencia,* y quiere destacar, o recordar ahora, la cercanía que tiene con la *desarrollada en la inmediata posguerra.*

Rafaela Lillo analiza en su artículo "Venecia, amada mía, un poemario multidimensional", obra de nuestra compañera Mercedes Rodríguez García-Olías, desde varios puntos de vista, como sugiere su título, tanto emocionales como técnicos.

También contiene nuestra revista relatos de amigos y compañeros: "Triángulo de amor bizarro" y "Cuentos para adultos desesperados", de José Agustín Navarro, "El muerto no estaba en el tanatorio", "Venecia" y "Una mala experiencia" de Airam Lebasi, "El ruido del silencio", de Isabel Lozano, "La casita y la palmera" de Amparo Benito, "La palabra" de María Dolores Lamata; "El arte de Llorar"de Maritza López-Lasso; y "Tinieblas" de Viki Ródenas Picó.

Desde estas páginas nuestro agradecimiento a los lectores que, ocasión tras ocasión, nos alientan para seguir en el gratificante trabajo de la literatura.

María Rosario Mohinelo

Era un día de mercado *

Era un día de mercado,
José amontonaba panes
que le quemaban las manos;
en otra calle Juanita
sobre el puesto del pescado,
tejía las pescadillas
de espantados ojos blancos,
cola arriba aleta abajo
para que Juan la mirara
mientras le ardía el regazo,
y Juan desde las verduras
con un limón en las manos,
se devoraba a Juanita
soñándola entre sus brazos.
Era un día de mercado.

Manuela lleva a su hijito
hasta el puesto de don Paco,
que siempre le da rosquillas
cada vez que dice un ajo.
Era un día de mercado.
Antonio, Pedro y Felipe
ya por fin han descargado,
y la mañana aparenta
otra mañana con manos,
que vuelan desde el umbral
de las patatas con barro,
hasta el sueño de una boca
con el bolsillo pegado,
por la guerra del bastardo
caudillo de los bastardos,
que con su garra fascista
mordió a España en el costado.
Por los cielos de Alicante
vienen sus perros ladrando,
se los prestó Mussolini
el carnicero italiano.
Mientras Europa se calla
mi pueblo es despedazado.

Y las bombas de los perros
van cayendo y explotando,
María queda sin ojos,
sin cara se queda Pablo,
las natas de sus cabezas
son linimento del viento
que ruge desconsolado.

Mercado de Alicante

Ensordecidos de acero
los niños de doña Aurora
ya son pasto de los truenos,
luciérnagas de la noche
que se ha tragado el silencio,
mientras la muerte cabalga
furiosa sobre un caballo,
que hiere con coces negras
las manos blancas de Juanjo.

Ni Aurora ni Rosa viven,
son amasijo y quebranto
del cielo que ya sin techo
se apodera del mercado.
Las arterias ya vacías
se esconden en los harapos,
mientras la sangre palpita
reunida toda hacia abajo,
queriendo llegar al mar
donde jugaron sus manos.

Esto pasó en Alicante,
era un día de mercado.

Julia Díaz Climent

* Este poema ha sido recitado por su autora en los actos conmemorativos celebrados en la Pza. 25 de Mayo de Alicante, en la convocatoria realizada por la Comisión Cívica para la recuperación de la Memoria Histórica como una forma de homenaje y recuerdo a aquellos pacíficos alicantinos que fueron brutalmente asesinados.

CUANDO TERESA LLEGA, DESDE ENTONCES….

Voy a iniciar mis palabras recordando aquellas de Cesar Vallejo, cuando dijo:

"¡Mecánica sincera y peruanísima
la del cerro colorado!"
y aún más cuando proclama:
"!Sierra de mi Perú, Perú del mundo,
y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!

A veces las heridas no cicatrizan nunca, permanecen abiertas para siempre, derramando su sangre y su desdicha y la de la América Hispana, invadida que fuese, y conquistada con la sangrante espada, y aun persiste en un grito de ancestrales reductos de un vivir aborigen, de una especie irredenta que renace y se expande en suburbiales ámbitos, en donde se cobijan los que antes dominaron las selvas más inhóspitas.

De un irredento Perú, desde diversos y terribles relatos en los que los prometidos paraísos se vuelven tumbas que son llamadas wayras, desde allí nos llega la voz y la presencia de Teresa Orbegoso Álvarez, con su herida memoria que relata la cruz de sus antiguos y presentes hermanos, su voz que memora y rememora, que recuerda y anuncia.

En este tiempo, en el que el viento trae a los hombres el pavor escondido de la tierra, es en el que ha nacido el sendero de Teresa entre nieblas y lluvias, azuzada por perros que acechaban al hombre, que han llenado su rostro de sombras inclementes, de ingentes sufrimientos y de muertes innúmeras.

Teresa, en esta noche, regresa para que recordemos la angustia y la hermosura, la permanente hermosura de un tiempo de catástrofes que han devorado instantes y dulzuras en territorios siempre tan próximos y hermanos. Aquí está con nosotros Teresa, más eterna en los llantos y el eco de sus muertos.

Teresa América, Teresa del Perú, Teresa hermana, no nos dejes caer en este pensamiento que nos cerca y que el mismo clamor que siempre estuvo en tus arcaicas tierras, en las tierras del luto y del silencio nos lleve junto a ti y junto a tus ponchos tan cálidos como una abierta mano, junto a una mano a la que otros dan calor entre los hielos, cercados por la incuria de no sabernos siempre hermanos de la gleba, de la sangre que brota y que nos llena de rubor y de vida por encima del mar, sin nadie que detenga sus olas y su empuje que hasta el cielo nos alza,

Y finalmente, con Cesar Vallejo, digo:

¡Y si después de tantas palabras,
no sobrevive la palabra!

Se dirá que tenemos
en uno de los ojos mucha pena
y también en el otro mucha pena
y en los dos cuando miran, mucha pena
Entonces… ¡Claro!... Entonces… !Ni palabra!

Así hablaba Vallejo, y yo lo he dicho.

Manuel Parra Pozuelo

Pequeños poemas II

Son palabras, ideas, intuiciones, sensaciones…

Acuérdate al morir
de volver al camino
por el que ayer viniste.

Siempre tienes la noche,
pero la noche es sólo
un reposo, un silencio.

Todo hombre construye
la casa que es su vida
con materias gastadas.

Se te ha dado un silencio
interior: el que importa.
El silencio de fuera
está sucio o gastado.

Un poco de ternura hace falta.
Si sobra no se puede cambiar
por monedas o lágrimas.

Aunque te parezca leve,
sin embargo, un sueño pesa
más que las piedras de la calle.

Que se transparente en el poema
al ser humano que lo está escribiendo:
su memoria, su rencor o su tristeza
han de venir al mundo como un viento.

Cuando Dios se despierta
nos quedamos dormidos.
Y cuando Dios se duerme
no escucha nuestros gritos.

¿Cómo nos cuesta tanto comprender
que en algún lugar del Cielo o el Infierno,
el silencio existe?

Aunque el lugar se quede algo pequeño,
que un día puedan cohabitar en ti
el niño que ayer fuiste y el anciano.

Se suceden las tribus, los tiranos
y el dolor, la crueldad y el homicidio.
Nunca nadie ha logrado que se rompa
este perenne y espantoso ciclo.

Se lleva el viento las palabras,
pero el poeta las regresa al sitio
donde imagina que estuvieron.
Siempre el poeta acaba equivocado.

Hacer poemas como un niño que
se inventa juegos es lo que quisiera.
Pero ese niño se ha quedado lejos.

Me pregunto cada día
por aquello que no hice,
y jamás por lo hecho.

¿Y si, además de Dios y del diablo
hubiera otra realidad: un amigo del hombre
que comprenda su miedo?

Este mundo es dual, es decir
Doble: bien/mal, mujer/hombre,
Cielo/infierno. ¿Y si fuera triple?

Hay monosílabos que son poemas
por sí mismos. El mejor de ellos es
la comunicación del dolor con la mayor
concisión posible.

Nadie ha llegado nunca al suicidio
por la curiosidad de saber
lo que hay detrás de la vida.

El peso exacto de sus lágrimas hace
grande al que llora. Ni pocas ni demasiadas
lágrimas, sino su peso exacto.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

EL RUIDO DEL SILENCIO

Los días allá arriba, en “la cima del mundo”, como llamaba Elena a la pequeña casa de las montañas, eran suaves y deliciosos. No existía más preocupación que disfrutar de cuanto les rodeaba y de ellos mismos.

Las madrugadas, sobre todo, tenían el atractivo del despertar. La vuelta a la vida se dejaba notar en el silencio. Cada clase de pájaro tenía su momento para empezar a cantar siguiendo un orden riguroso: El cuco, el mirlo, los gorriones, las palomas... poco a poco servían de despertador a la familia.

Pero aquel día no fueron los cantos, sino el eco de un absoluto silencio lo que les despertó. Era tan evidente, que hacía daño a los oídos, ese tipo de silencio que atraviesa y es más escandaloso que la nota final de una sinfonía.

Salieron a la calle aún sin vestir, buscando alguna explicación, pero nada parecía justificar aquello. La mañana era clara y todo estaba en su sitio. Pero los animales en el corral, incluso el gallo madrugador, andaban desorientados y sobre todo mudos.

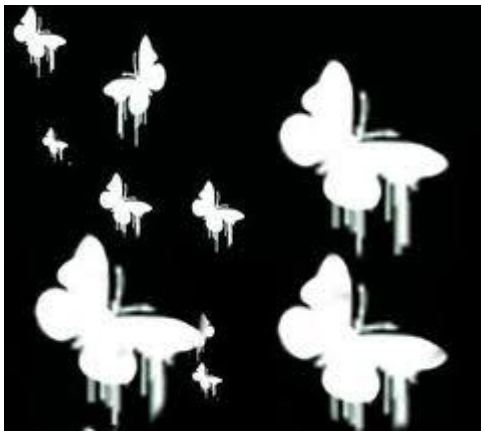
El valle cercano devolvía el silencio aumentando la extraña sensación de amenaza que les rodeaba.

Entonces, Heidi, la perra pastora, lanzó un débil gruñido y se dirigió al borde de la explanada. Cuando miraron en la dirección que indicaba su hocico, quedaron ensimismados. Una enorme nube blanca avanzaba hacia ellos. ¿Qué era? No parecía una nube normal.

En principio sintieron desconfianza, pero en pocos segundos fueron comprobando que efectivamente, lo que se acercaba no era una nube de agua, sino un remolino de miles de pequeñas alas revoloteando en conjunto. Si, eran mariposas, todas blancas, todas iguales y tantas, que llegaban a oscurecer la luz del sol. De repente les llegó el sonido, un murmullo delicado de aleteo multitudinario.

Sobrevolaron sus cabezas ignorándolos, debían de llevar prisa por llegar a un continente cálido antes de que entrara el invierno. A ellos les hubiera gustado contemplarlas unos minutos más, pero la naturaleza no se detiene.

De cualquier forma fue bonito mientras duró.



Isabel Lozano Martínez

Se eclipsó la luna
esperando un minuto
a que pasaran las guerras
que se disputan en tu alma
y menguan al amanecer
escuchando tus latidos
que no se paran al volverte a ver...

Eva Llopis

Desde dentro

Hace frío. Y llueve.
El orgullo se siente desaguado
por las gotas que chocan en mi choza.
Son diminutas briznas inseguras,
pero apuntan preciso. Duelen.
Lluevo.

Enfero Carulo

El río de Baión

Para Tito Porto con admiración y cariño

Entre San Juan de Baión
y Paradela de Meis
corre tranquilo y antiguo
el Umia,
vivificador del Salnés.
Serpea con languidez
por vegas de maizales
con riberas de arboledas,
de alisos, fresnos y sauzales.
Se remansa en los molinos
para sacar de los granos
la harina que alimenta
a ganados y paisanos.
Las aceñas con las islas
que el río engarza y jaspea
con cascadas cantadoras
que el sol envuelve y pinta
de sombras e irisaciones.
Verdes morados y lilas,
se suceden en las flores:
miosotis, lirios, orquídeas,
espadañas, juncos, brezales,
fresas silvestres, chuchamieles,
madreselvas y claveles.
Pago Negro, isla grande,
con su molino y su puente,
su cascada clamorosa,
aguas tranquilas o fuertes,
cristalinas transparentes.
El agua lava el lecho de cantos rodados,
amarillos, negros, rojos,
de berros coronados,
de nenúfares y rosas.
Zapateros que escriben magias
escalos que juguetean
con el agua en la corriente
que lame la blanca playa
de fina arena caliente.
En los oscuros hoyos
la trucha sabia vigila,
mientras que en la orilla escarpada
la nutria busca la anguila.
Libélulas y caballitos,
mariposas de colores,
compiten con verderoles,
jilgueros, ruiseñores,
y martines pescadores.
Contienes en tus aguas mis nostalgias,
río de mis mayores,
tus aguas guardan secretos,
guardan vidas y amores.
Río de mis raíces,
de murmullos y silencios,
río grande de Baión
cuánto, cuánto, te recuerdo.

Airam Lebasi

Gotas de agua, de Carlos de la Rúa

CUADERNO DE AHORA MISMO:

HACIA LA ÚLTIMA POESÍA DE FRANCISCO ALONSO RUIZ

Acaba de publicarse en nuestra serie de plaquettes *Presencias Aucanas*, la nueva colección de poemas del autor Francisco Alonso Ruiz. Bajo el título de *Cuaderno de ahora mismo*[1], el poeta nos propone un buen ejemplo de toda la amalgama poética que aún mantiene inédita. Y para aquellos lectores declaradamente fieles a Paco, como es nuestro caso, tal efeméride se hacía de rogar: no valdrá negarlo. Porque ser lector de Francisco Alonso supone tomar partido de toda la trama objetual y vivencial que el poeta expone como resistencia y (desde un tiempo a esta parte) como dolor.

Ya dijimos en otro lugar, que la poesía de Paco es una poesía de resistencia, que se mueve a camino entre el ámbito de lo trágico y existencialista[2]. Aquello que no matizamos, o quizá dimos por entendido sutilmente, es la proximidad, la cercanía que la poesía alonsiana traba con la desarrollada en la inmediata posguerra. Y la cuestión va más allá del fundamental año 1944 donde *Hijos de la ira* y *Sombra del paraíso* escinden la década. Se trata de una cuestión de fondo que, más si cabe, nos ciñe al espacio y a la dirección hacia la que se dirige la última poesía de Francisco Alonso.

Por una parte, y nos ocupamos ahora de Paco, se distinguen tres momentos en el desarrollo espacial de su poética. La dialéctica se puede resumir en la tríada naturaleza/ ciudad/ casa-mundo. Quedaría así, un recorrido gobernado por la naturaleza en sus dos primeros libros de corte juvenil e iniciático (*Testimonio de tiempo*[3] y *Soledad de alma*[4]); un segundo momento asumido por la ciudad y atisbado en los poemas incluidos en la antología grupal *Con diversos acentos*[5]; y por último, el libro que nos ocupa, *Cuaderno de ahora mismo* y la confirmación del mito casa-mundo y el subjetivismo tradicional.

En primer lugar, la naturaleza fue superada a propósito del aprendizaje poético y, con ella, la personalidad que se adscribe al paso de una poesía sacra a una poesía existencialista/religiosa de la inmediata posguerra. Es decir, cuando Paco supera la conciencia-Dios gracias principalmente a *Soledad de alma* [6]:

> "Porque aún no sé,
> si sigues ahí, o si ya Te fuiste,
> si Te has ido, Dios mío,
> si me escuchas aún,
> si cuando hablo
> sigues estando tras de las estrellas
> o en la sombra del hombre.
>
> Porque no sé si escuchas,
> porque nunca me hablas,
> porque lloro o suplico
> y no Te veo, Dios, ni Te conozco,
> si existes, Dios, si cantas,
> si me dices."[7]

La problemática de la ciudad, por su parte, es un tema relevante en la innovación poética de Francisco Alonso. El poeta reactualiza el estilo neorromántico y existencialista haciendo suyos el mundo objetual y urbano. Más allá de la mundanidad del mundo como plenitud vivida[8], el poeta accede a la representatividad de la ciudad. El mundo objetual como realidad simbólica: la naturaleza es rebasada y las calles, semáforos, mercaderías y

---

[1] Francisco Alonso Ruiz (2012), *Cuaderno de ahora mismo*, Alicante, Presencias aucanas.

[2] Manuel Valero Gómez (2011), "Poesía de resistencia: una poética trágica y existencialista (notas sobre Francisco Alonso Ruiz)", *AUCA*, n º 23, noviembre de 2011, pp. 12-17.

[3] Francisco Alonso Ruiz (1982), *Testimonio de tiempo [poemas]*, Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial.

[4] Francisco Alonso Ruiz (2001), *Soledad de alma*, Elche, Lunara.

[5] Francisco Alonso Ruiz (2010), "La fábrica"... "El libro", en AA. VV., *Con diversos acentos*, Alicante, AUCA / Ayuntamiento de Alicante, pp. 19-31.

[6] Valero Gómez, "Poesía de resistencia...", *op. cit*. p.14.

[7] Francisco Alonso Ruiz, *Soledad de alma*, "Oración", *op. cit*. p. 51.

[8] Valero Gómez, "Poesía de resistencia...", o*p. cit*. p.14.

plazas son *reveladas* en el existencialismo alonsiano. Si observamos detenidamente la dirección del espacio, siempre desde la voz íntima y personalísima, se produce un recogimiento que va de la naturaleza a la ciudad, y de ésta a la cerrazón de la casa-mundo.

Sin lugar a dudas, este repliegue a la intimidad en la poesía de Paco responde a la conquista del espacio íntimo que tiene lugar en los años treinta y se trasvasa a buena parte de la posguerra[9]. Y aquí la conexión de la poética alonsiana con la poesía de la primera posguerra española, aunque con la salvedad, de que con *Cuaderno de ahora mismo*, la afirmación existencial en la angustia y el dolor ha sido superada. La existencia ha sido afirmada en la naturaleza y la ciudad, tan sólo resta *ahora mismo*, precisamente eso, el alma cansada, la congoja, la estancia en el olvido y el tiempo largo del hombre.

Porque los temas que recorren la última poesía de Paco (que por universales nos recorren a todos) juegan al diálogo conocimiento/ desconocimiento que la vejez nos exige. En otras palabras, la muerte, la desolación, la soledad, la juventud perdida (ítems universales y declaradamente propios como decimos), acogen su trama en relación con el nuevo espacio: la casa-mundo. *Cuaderno de ahora mismo* alcanza los patios, los pasillos, las mesas y sillas, las estancias de interior. La plenitud vivida se ha desvanecido, y son la aniquilación o la soledad los territorios que juegan a este diálogo:

> "Vengo y voy desde mi pobreza a mi soledad,
> con una certidumbre de calles que me desconocen,
> con un lamento de cuerpo desolado
> que va buscando a trozos
> aquella juventud que ya ha perdido.
>
> Vengo y voy desde mi compañía con las cosas
> a mi mañana y a mi tarde
> y mi noche más pálida,
> por la ciudad inmensa del recuerdo.
> Voy fatigando las esquinas
> con mi peso de alma y con mi traje."[10]

Y aquí la especificidad de la casa-mundo de Francisco Alonso: porque en este diálogo conocimiento / desconocimiento, la casa-mundo no forma parte del espacio poético más que en la foránea naturaleza y apátrida ciudad. Como en *Casa tomada* de Julio Cortázar, la sombra, lo desconocido (quizá tan desconocido precisamente porque lo conocemos desde siempre: la memoria, la muerte, las calles y los patios...): apoderándose de la intimidad, de lo privado hasta el destierro de la existencia. No es Francisco Alonso dirigiéndose hacia la intimidad más absoluta de la realidad simbólica, la puerta cerrada, los visillos blancos y sábanas de holanda, es el espacio ganándose en el término hacia donde la poesía alonsiana se dirige: el espacio ha logrado vencer finalmente. Allí donde Larrea dice *nadie estaba antaño en la sombra*, en Alonso se ha consumado la sombra, la Nada...y también Quevedo se ha consumado (¡ay!) y aquellos dos cuartetos suyos:

> ¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde?
> ¡Aquí de los antaños que he vivido!
> La Fortuna mis tiempos ha mordido;
> las Horas mi locura las esconde.
>
> ¡Que sin poder saber cómo ni adónde
> la salud y la edad se hayan huido!
> Falta la vida, asiste lo vivido,
> y no hay calamidad que no me ronde.

Manuel Valero Gómez

---

[9] Este repliegue a la intimidad debe ayudarnos a entender un panorama poético de posguerra como continuidad. Es decir, apoyarnos en la hipótesis que sostienen principalmente José Carlos Mainer y Araceli Iravedra y, por otra parte, en la prolongación del espacio íntimo segregado por la división kantiana alma/cuerpo, la autoconciencia de obra misma, el espejismo autor/creador y el supuesto yo-soy-libre.

[10] Francisco Alonso Ruiz, *Cuaderno de ahora mismo*, "Por las calles", *op. cit.* p. 23.

El espejo, de Carlos de la Rúa

Detrás de los espejos

Toda apariencia oculta cuanto muestra.
¿Por qué creer aquello que los ojos divisan
y no es en realidad sino una máscara
con la que la materia nos turba y embelesa?

Así se engaña aquel que la contempla.
Puesto que es escuchar la música callada
que cada ser emite sin quererlo
la que en verdad nos dice lo existente.

El árbol que nos habla y nos recita
su hermosura sin par está diciendo
un alfabeto ingente y poderoso
con el que irresistible nos atrapa.

No vale especular con lo que vemos,
preciso es adentrarse en el más hondo
latido que sin pausa gime y gime,
sin que nadie lo escuche ni lo atienda.

Un mínimo destello es el que llama
a ocupar los ingentes territorios
en los que se nos muestra irreductible
la luz que está presente en cada piedra.

Materia tan mortal como yo mismo,
no dejes que me pierda entre tus ramos.
Llévame junto a ti dentro del pecho
de la tarde que late y que me arropa.

Mi cuerpo igual que el de los otros seres
suene en la sinfonía que ahora me acoge,
todo sea en mí y yo todo lo ocupe
al igual que en la infancia lo soñaba.

Manuel Parra Pozuelo

Porque ya no llegan las águilas

No hay estrellas y la luna ya no las espera.
Manuel Valero

Ya no hay velas, ni remos,
ni áncoras de plata,
ni navíos que surquen las olas del océano
más profundo en tus labios.
Tampoco brillan luces en los valles,
ni en tus pechos de oro
se recoge la mano más amiga,
que pudiera llevarte por el camino
de tu felicidad.

Estás callada, al otro lado
de las lagunas; con tus piernas perfectas,
que levantas con tacones como abismos.

Pero vives en ti, aunque tú estás muy sola
y no lo sepas todavía.
Cuando despiertes, también el templo
habrá sido pasto de las llamas
y los sacerdotes habrán prohibido
sacrificios y ofrendas a las diosas:

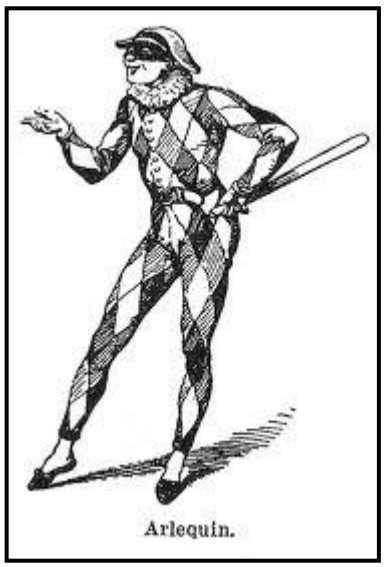
por obra de este viento huracanado,
por obra y gracia de estos locos ascensores
que buscan siempre su suicidio.

Juan Vicedo

EN VENECIA

El sol moría en reflejos dorados sobre las aguas turbias del Gran Canal. Las aceras húmedas y cubiertas de verdín lamidas por el latido del agua aparecían ahora oscuras, en una penumbra casi tenebrosa. Los transeúntes, escasos, doblaban las esquinas y se ocultaban a la mirada del observador. Las góndolas transportaban turistas ruidosos. La voz de un *gondoliere*, acompañada de violines, entonaba una canción napolitana en alguna parte del canal. Al rato, se asomó por un recodo, en el momento mortecino de la tarde, una *trouppe* de enmascarados en una embarcación ricamente tachonada de terciopelos y sedas. Brindaban y reían en alborozado concierto con sus rostros inmóviles de porcelana, produciendo en quien los miraba un escalofrío. Destacaba un arlequín con su gorro colorista y las orejas sobresalientes, que permanecía ajeno, de pie en la proa, con su máscara estática de gesto ingenuo. Los farolillos que oscilaban en la cubierta destellaban sobre el agua oscura. Seguí con la mirada al séquito, que se perdió en una revuelta en dirección al Puente de los Suspiros.

Terminó de caer la tarde neblinosa y fría sobre las aguas ahora impenetrables, solo rieladas por algún farol lánguido que señalaba un palacio, un bar o una esquina. Del famoso hotel Boscolo Bellini salía un gran resplandor que reverberaba en las aguas sombrías del canal. La noche se cerró oscura, sin luna. Proseguí internándome por vericuetos en busca del palacio que me preocupaba. El silencio era espeso, sonoro, sólo interrumpido por el plaf-plaf del agua sobre los sillares de los edificios. Al doblar la esquina lo vi; allí estaba el palacio que había despertado mi curiosidad. Hacía días que lo vigilaba; llegué a la conclusión de que estaba deshabitado. Insistí en mi espionaje porque así lo requerían las pesquisas llevadas a cabo. Hoy me sorprendí: su frontal de airosas columnas del que descollaba un balcón corrido ornado de hojas de acanto, racimos de uvas, hojas de roble y amorcillos rechonchos, estaba profusamente iluminado. De sus vitrales abiertos salía nítida y pura la sonata K-448 de Mozart, a dos pianos, que se sincronizaban duales y únicos. A pesar del olor ácido y pútrido que emanaban los canales y que rechazaba mi nariz, la sonata me envolvió en un éxtasis de calma y de placer. Permanecí inmóvil, escuchando, oculto en la penumbra de un portal; cuando más embebido me encontraba, cesó de repente la música y un grito rasgó la noche. Me envaré sorprendido y vi como caía una de las figuras, la otra esgrimía en alto un cuchillo. Un arlequín se asomó y cerró los ventanales. ¿Era el mismo que había visto en la góndola fastuosa? Sí, sus orejas se recortaban en la luz. Cerró los ventanales y volvieron las tinieblas de otras noches. Silencioso y oscuro el palacio respiraba con los latidos acelerados de mi corazón. Nada se oía, nada se veía. Nadie salió por las puertas ricamente talladas que cegaban las escaleras hundidas en el agua del canal. Me dejé estar. Desde mi observatorio vislumbré cómo una góndola silenciosa se despegaba de las tinieblas atravesando el reflejo del farol: un arlequín la guiaba.



Airam Lebasi

En mis labios se abre la cicatriz de la noche,
el viento leve acuna la sangre que brota.
Mi boca está encarnizada en témpanos de piedras
y la cicatriz asedia abriéndose más y más.

¿Qué puedo hacer para que dejes de sufrir
mi leal firmamento atezado?
-Han de extirparte ese colmillo venenoso, que
hace que tus labios de coral alimenten los incendios
del tiempo-.

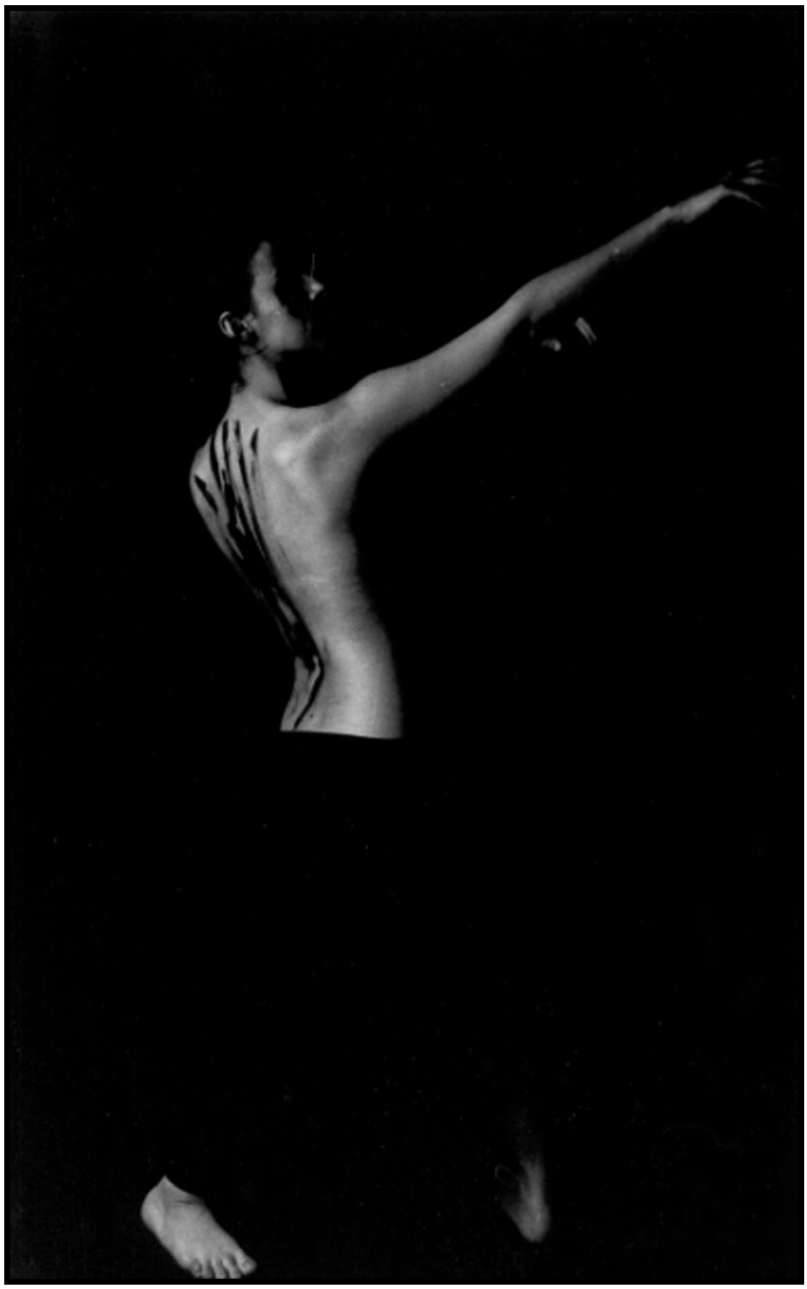
¡Luna de escarcha! ¡Luna del Mar!
Dame una palabra,
una palabra de nieve tuya,
aun cambiante…
¡luna mía! porque tu idioma siempre lo entendí.

Y la Luna contestó:
Para la cicatriz de la noche
el firmamento pide que dejes de tus lagrimales
la cuenca fluvial.
Y para ello busca al desconocido,
echa tus redes oceánicas,
y concede el fulgor a tus labios.

Inma Méndez/Alféizar

EL CIELO Y LA TIERRA

Vuelo & Caída



Volar.
Atreverse.
Aire envolvente.
En el centro
del talle
juncos
ligeros
temblor
negrísimo.

Danza
en el ángulo.
Axial
la memoria.
Pájaros-dedos.
Caricia
canela-piel
versos
y silencio.

Volar.

Fotografía de Teresa Giner Íñigo
Bailarina: Ariadna Robles Rodríguez

EL VUELO

Mercedes Rodríguez García-Olías

Descender.
Caer.
Atreverse.
Ocultar
las alas
conquistar
cayendo
la gravedad
el tiempo.

Atreverse.
Ser mujer
proclamar
el pecho.
Uncirse
al mundo perro.

Negritud
cabotaje
navegando
las ínsulas
del cuerpo.

Caer.

Fotografía de Teresa Giner Íñigo
Bailarina: Ariadna Robles Rodríguez

LA CAÍDA

Mercedes Rodríguez García-Olías

Sobre las alas del viento

Sobre las alas del viento
llegué una triste mañana,
más desnudo que un pimiento
a esta huerta mía oriolana.

Dicen que hacía tanto frio
que yo nací titiritando,
y al ver mí estado baldío
estuve un año llorando

de pensar en el futuro
que tendrían mis cinco hermanos,
los hijos de Juan y Arturo
y los demás hortelanos,

que trabajan cada día
sin tener descanso alguno,
en esta tierra sombría
donde caerán uno a uno,

por la pobreza que asola
poblaciones y ciudades
como destructora ola
llena de calamidades.

Menuda es la situación
que aquí se nos avecina,
obreros de mi nación
del monte, el mar y la mina.

Vosotros que sois el alma
de esta España perseguida,
que quiere vivir en calma
y tener paz y comida.

Si no fuera por el hombre
que dice ser español,
¡no olvidéis nunca su nombre
hijos del hambre y del sol!

Jornaleros de la viña,
del monte y el olivar,
os quiero como una piña
para poder derrotar

a un desalmado inhumano
que solo sabe humillarte,
te trata como a un gusano
y te obliga a arrodillarte,

y a cantar cada mañana
el “cara al sol” obligado,
aunque tú no tengas gana,
heredero del arado.

Esta es la triste herencia
que tendréis sin más por vida,
en la región de Valencia,
jornaleros de mi vida.

Valencianos y asturianos,
catalanes y extremeños,
andaluces y murcianos,
gallegos y madrileños,

por vosotros lucho y vivo,
obreros de España entera,
sobre mi planta de olivo
lucharé hasta que me muera.

Como no tengo otra cosa,
os dejo esto como herencia,
pueblos de la sangre hermosa
de todo el mundo y Valencia.

Trinitario Rodríguez

RETRATO DE CERVANTES

Estamos en invierno. El día ha sido lluvioso y frío y una intensa humedad se extiende por la sala donde Miguel de Cervantes trabaja. Ha vivido mucho este hombre: sus ojos están cansados de ver miembros heridos, cuerpos mutilados, el frío de aquellas interminables noches de guardia, la crueldad con que los argelinos trataban a los cautivos cristianos.

Sobre su mesa de trabajo de madera de pino, toscamente labrada, se extienden numerosos pliegos de papel, en blanco unos, otros ya escritos. Se trata de la Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo, que Cervantes quiera dar a la estampa antes de que termine el invierno. Iluminado don Miguel con dos velones, piensa y escribe. Su memoria recorre aquellos años mozos en los que creyó descubrir el amor; se acuerda de las mujeres italianas; paladea un vino de Nápoles que ya no existe, mientras siente que el frío se le clava como agujas en las piernas. Las medias calzas que las cubren ya apenas abrigan.

Vendió años atrás sus comedias por muy poco dinero, también sus entremeses y la Primera Parte del Quijote corrió la misma suerte, aunque fue muy celebrada su aparición. Lope de Vega no ha perdonado a este ilustre manco el único de sus éxitos en la vida.

Un embajador de Francia ha querido conocer a don Miguel y charlar con él un rato de Literatura, mientras beben un buen vino de Tierra de Campos. Don Miguel no es un hombre presuntuoso ni altanero, pero sabe el valor de su obra; el embajador francés aprecia mucho a nuestro escritor y se indigna al ver la apenas disimulada pobreza que rodea a Cervantes: ni espejos ni cuadros penden de los muros encalados y los muebles llevan marcas de precipitados traslados y mudanzas.

Cuando parta el embajador, dirá a los miembros de su comitiva:

"Mal vive en España la inteligencia".

Aunque la noche es muy avanzada, don Miguel de Cervantes, infeliz en su matrimonio, excautivo, perdedor en Lepanto, escribe. Escribe sin esperar otras recompensas y termina su dedicatoria al Conde de Lemos, en la que se reconoce criado suyo.

Todo esto ocurrió en Madrid, en el invierno de 1614.

Juan Vicedo

Liras a Miguel

Valiente niño fuiste,
en medio del dolor y la pobreza,
entre cabras creciste
dando al monte belleza
con tu humilde presencia y fortaleza.

Hacedor de los versos
que con luz propia, brillan en la tierra.
Poeta de universos,
de libertad sin guerra.
Hombre de sentimientos y de sierra.

Niño y a la vez hombre,
la vida te exprimieron gota a gota.
Presente está tu nombre,
Miguel, en esta nota
poema para ti, en lira que brota.

Lucía Espín

La huella

Y fue tu huella en la arena
marcada suavemente
en minúsculo tallado
dejando en aromas
de sal y yodo
la esencia de tu ser
por mí amado.
Y las olas, enardecidas,
dulcemente llegaron
acariciando,
celosas del amor
que por ti sentía,
el áureo perfil
allí marcado,
besando, una
y otra vez, bajo la luna,
lo que ambas queríamos
eternamente,
y diluyéndose fue
impermanente,
para formar parte
de nuevo en el Todo,
con mar, luna, brisa y mente.

Paquita Baeza

Reflejos en la arena, de Carlos de la Rúa

LA PALABRA

Sabe que es el centro de atención allá donde se encuentre, en reuniones, tertulias; cuando asiste al cine o al teatro; en los bares y restaurantes.

En la calle a nadie deja indiferente: es coqueta, sensual, dulce, melosa, divertida; arranca pasiones; el mundo entero sueña con poseerla y ella, consciente de su atractivo, juguetea con el entorno, locuaz, permisiva... se le puede adjudicar una interminable lista de calificativos.

Pero... ¡cuidado!, si la provocan, llega a ser demoledora, dañina, tremendamente ofensiva. Es capaz de conseguir que tiemblen los más altos estamentos, dejar sin resuello al contrincante, machacarlo sin piedad...

Hay que ser muy diestro para manejarla.

Quien lo consiga tendrá un don. El don de la palabra.

Mª Dolores Lamata

Quisiera ser un árbol

A mis hijos

Quisiera ser un árbol de ancha copa
y recio tronco poderoso,
con las fuertes raíces aferradas
a nuestra madre tierra.
Un árbol capaz de dar cobijo
a vuestras vidas,
parachoques de todas las tormentas.

Árbol, de Carlos de la Rúa

Mª Rosario Mohinelo

Fue en los años de abundancia

Era en los buenos años de mi juventud,
los años de abundancia del corazón...
Jaime Gil de Biedma

Well, I was rather prosperous,
there was nothing I did lack.
Bob Dylan

Las dulzuras de Venus no renuncia
aquel que huye del amor: por el contrario
coge sus frutos solo, sin disgusto.
Lucrecio

Fue en los años de abundancia del corazón
y del bolsillo,
cuando los anhelos me llevaron a ciudades misteriosas,
a recorrer claustros de monasterios
en los que no me hubiera importado quedarme.
Años en que conocí a mujeres
de las que gocé con mesura
y sin excesivo amor, porque el amor hace padecer,
como decía Lucrecio.
Anduve mil ciudades,
huyendo de mí,
me topé con mujeres tímidas
y con monjes dicharacheros,
me topé con mujeres prudentes
que nada quisieron conmigo...

Fue en los años artificiales, cuando te encontré,
cuando me besabas con el corazón
y escapábamos por las carreteras
hacia fronteras perdidas,
hacia límites olvidados...
Te recuerdo en las calles de Montmatre
o en el Mont Saint Michel
o en el Van Gogh Amsterdam Museum,
disfrutando colores y trazos...

Anduve mil ciudades, y, ahora te he perdido;
pero el goce de Venus...

Sergio Gadea Escudero

TRIÁNGULO DE AMOR BIZARRO

Como pez inmortal desciendo por el río de su garganta. En cada salto de salmón sus dos soles me ciegan. Sin ojos, nado errabundo hasta la orilla. Allí enciendo a tientas una fogata. Me reconstituye el perfume de su tierra mojada. También el licor de su fuente poderosa y nutricia. Suena el timbre. Es su marido. No tengo escapatoria. La miro horrorizado. Por suerte ella quita el tapón y desaparezco para siempre en su Triángulo de las Bermudas.

CUENTOS PARA ADULTOS DESESPERADOS

Era un tiempo en que los piratas vivían del cuento y los tres cerditos de la subcontrata trabajaban a destajo para levantar cabañas en bosques azotados por la especulación urbanística. La vida fluía apaciblemente: los pájaros cantaban de sol a sol, los peces zigzagueaban en el riachuelo sin estar dados de alta en la Seguridad Fluvial, los animales percibían sus jornales en comida B. Hasta que un triste día Patapalo decretó el despido libre. Fue entonces cuando, agotado el subsidio de bellotas, la piara hipotecada, los tres cerditos no tuvieron más remedio que *okupar* el establo adosado del caballo freelance.

José Agustín Navarro Martínez

Soneto

Soy milagro de barro agradecido
una expresión de luz consoladora
polvareda de estrella pensadora
arrebato en el viento detenido.

Y en el cauce caliente de mis venas
late un tambor que besa y se vacía
y se llena otra vez y me rocía
con su jugo carmín, las alacenas.

Arterias galopando un continente
mareas rojas que arden en mis lagos
fluidos donde habita el caminante

maromas de tendones ascendentes
hazañas que asombraran a los magos
mil tareas de amor bajo un semblante.

Julia Díaz Climent

Ecos del agua

I

Mira sus ecos que son inmensos e incontrolados,
su grandeza, su fuerza de siglos,
su conquista sin tregua.

Mira sus ecos ondulados, miméticos, envolventes
su colosal sonido que expande alas,
que acaricia y arrasa.

Mira sus ecos, de posesión esclava y cauces arrebatados,
de aguas claras, de lodos perversos,
y arcillas mansas.

Ola, de Carlos de la Rúa

II

Deciden tus ecos,
las subidas y bajadas,
la siembra y la demanda,
ver la luz o las tinieblas,
el momento casi exacto de salida.
Decides vientos y mareas,
pensamientos y arrebatos,
la larga espera de una nueva vida,
aparentas ser agua voluble,
y volcán inexistente,
¿quién eres?

Isabel Pérez Aranda

Homenaje a Quevedo

"Polvo serán… mas polvo
enamorado
QUEVEDO

Polvo será más polvo enamorado
el cuerpo que nos arde en loca llama.
Polvo será que en tierra se derrama
con toda su agonía y su cuidado.

Lo sabe aquel que ama, aquel que ha amado,
y que sigue sabiendo cuanto ama,
y ama más y al amor más le reclama,
ya en polvo convertido y transformado.

Polvo seré que es barro siendo arcilla
cuando la muerte en nada me convierta,
y en sombra y en dolor como se advierte.

Que se renueve el polvo en la semilla,
que haga mi cuerpo nuevo en la desierta
soledad del silencio de la muerte.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

EL MUERTO QUE NO ESTABA EN EL TANATORIO

El muerto no estaba. “No, señora, aquí no yace ese difunto. Tengo todo preparado porque la compañía me anunció su llegada pero no lo trajeron. Mire en otro mortuorio” El hombrecito vestido de riguroso luto, las manos juntas, la mirada baja y un halo de eterna pena en todo su ser me sugirió seguir buscando; “A veces los muertos son muy suyos” -me comentó con voz lastimera-. Yo me quedé perpleja. Esta era la dirección que me habían indicado. Pensé en mi amigo Basilio y sonreí. Era capaz de haberse ido por su cuenta. Su ironía no lo abandonaría ni muerto. La verdad es que el recinto que ofrecía las últimas voluntades era una horterada. Allí todo mostraba brillos, terciopelos, luces indirectas y plásticos simulados. Los cirios ni siquiera tenían llama. No olía a nada. Tan aséptico era el ambiente. Salí cabizbaja hacia el coche. Lo puse en marcha y se encendió la radio, sonaba una melodía en una voz de mujer. Sin prestar atención me sumí en el recuerdo de mi amigo. ¡Cómo le gustaba sacar punta a los dichos y aquella burla socarrona con que hablaba de la política y el amor romántico que tenía por su tierra! No me extrañaba que Basilio hubiese desertado aun muerto para hacer un chasco a sus amigos. Él amaba sus *corredoiras,* las flores silvestres que crecían en los campos y en los arroyos, a las que nombraba una a una. Mimaba sus vides que cuidaba con primor vigilando sus hojas, protegiéndolas con sulfato del mildiu y la filoxera. Las lindes de las *leiras* de fragantes silvas cuajadas de moras. Estos eran sus amores. No, él no podía reposar en semejante ambiente de oropeles distorsionados y sarcófagos de pinos exóticos.

Costa de Can creí oír en la voz que salía de la radio. Pero quien cantaba era Luz Casal. Presté atención y la voz lenta y sinuosa decía: *miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos, estelas y lágrimas vuelven, ellas me harán más fuerte, yo quisiera volver a encontrar aquello que fui...* Me había mandado un mensaje -*aquello que fui* y *mis recuerdos*- *Costa de Can* era el lugar de Baión de las tierras en las que teníamos partijas; databa de mis tiempos de niña. Allí conocí a Basilio. Por aquellas vegas discurre nuestro río Umia. No cabía duda, aquella voz me mandaba una pista. Muy propio de él. ¡Hacía tantos años que no iba por aquellos lugares! Me dirigí hacia el río. Mientras buscaba el camino recordé las faenas que cada primavera nos llevaban a aquellos parajes. Mis abuelos eran propietarios de unas finquitas que lindaban con el río. Las trabajaban los padres de Basilio. Yo iba a partir las habas. Ellos se quedaban con la mitad. Se hacían dos montones y por encargo de mi abuela yo tenía que escoger el más grande. No éramos ricos ni ellos ni nosotros. Así funcionaban las cosas, entonces. En tanto los mayores trabajaban, los dos nos íbamos para la orilla del río y jugábamos a *veoveo.* En el fondo cristalino entre algas y nenúfares asomaban las truchas y los escalos. “Yo vi tres” -gritaba Basilio. “Oh, no vale. Esas las había visto yo primero. Eres un tramposo”. Los gritos y las peleas se sucedían. La tarea no era fácil, las truchas son muy huidizas y los escalos, no. Sólo valían las truchas que se distinguían por sus pintas y cuerpos más rechonchos. Los escalos se confiaban porque nadie los perseguía, no eran comestibles. Sonreí. ¡Cómo gritábamos con los descubrimientos! Ya después de vender las fincas seguíamos viéndonos y, ya de mayores, cuando volvía a la aldea lo visitaba. Conocí a su hijo y a sus nietos. Me mostraba orgulloso sus posesiones. Todo lo había conseguido con su esfuerzo. Los años interminables que había pasado emigrado en Suiza para poder comprar aquellas fincas que antes trabajaba para los demás. “Lo pasé mal. Muy mal -me decía con rabia-. Como Rosalía de Castro sentía *soedades y morriña da miña casiña e do meu lar*”- Me decía nostálgico de sus años mozos.

Pasó el tiempo y las visitas escasearon porque yo me trasladé a vivir fuera de Galicia. Algún verano nos volvimos a ver.

En esta ocasión estaba de vacaciones en un pueblo cercano cuando me enteré de su muerte. Me inundó la añoranza de su ternura. Quise rendirle mi último adiós. Y he ahí que me sorprende con esta trastada. Me estaba haciendo un postrer juego con su humor y socarronería. Aparqué cerca del río, en el camino. Las orillas de alisos y *ameneiros* brindaban una umbría acogedora. Me senté viendo discurrir las aguas que bajaban escasas y lentas. Todo el entorno había cambiado. Aquellas *leiras* que morían en la orilla del río, antes cultivadas con esmero, estaban llenas de maleza. En los remansos quedaban retenidos los plásticos de colores entre las algas y las espadañas. No había apenas peces y los pocos que se veían eran desconocidos. Serían algunas de esas especies que invadían los ríos procedentes de otros países. Una nostalgia desgarradora apretó mi garganta y mis ojos anegados miraban sin ver. Allí estaba Basilio acogedor y burlón. “No hay truchas, rapaza” -sonó su voz. Entre lágrimas vi su rostro. “Basilio, amiguiño mío” y tendí los brazos.

Airam Lebasi

Fotografía, de Carlos de la Rúa

Silbo

Alliberant el costat dolorit,
en un perfil de calma solidària.
Un torrent descurós i sumit
a la benaurança, d´una veu llibertària!

Regocijar..., entendida mirada:
alerce alto de una savia alborada.
¡Qué sosiego del alma en su cobijo!
El silbo va llegando con este hijo,

liberando el costado dolorido,
en un perfil de calma solidaria.
¡Un torrente descuidado y sumido
a la dicha, de una voz libertaria!;

como un niño que el sol..., todo le ofrece,
en la cuidad de un incipiente siglo.
¡Qué quietud, ir despacio en tu pasillo...!;

y en silencio, una noche urbanizada,
dormitando al trasluz de tu visillo
como luz, en la frente que amanece.

Ana Mar-López

No debería

No debería haber palabras inconclusas
ni enfermedades anárquicas
emergiendo de desiertos que fueron selvas
llenas de luz y vida

no debería existir la injusticia
con sus dictaduras plenipotenciarias
hinchadas de sollozos infantiles
sofocados en las avenidas lodosas

no debería haber desagradecidos
ni faltos de sentido común
que frente al miedo den la espalda
a la esperanza resignada del que nada espera

no debería hacer calor o frío
ni distancias largas llenas de palabras duras
agua amarga de piedras en el desierto
sin saber qué hacer con los espacios vacíos

no deberían existir días como éste
llenos de huecos en el pecho
mientras mi corazón azul
sigue bendiciendo tu presencia

no debería tratar a tu recuerdo
con la familiaridad de saber
que podré mirar tu silueta
llegar a mi encuentro

no debería tener dudas que aclarar
cuando ya no estás para responder
y tenga que recurrir a la imaginación
tortura continua de lo que no existe

no debería necesitar embriagarme
con el pretexto de olvidarte
cuando acabo por recordar
los caminos de mis labios sobre tu piel

no debería estimular la rutina
porque no debería importarme el tiempo
sin preocuparme que la vida se acabe
si al final la tristeza del recuerdo sólo se ve
contenida
por la educada forma de ignorar tu existencia.

Jonás Ángel

Dentro, de Carlos de la Rúa

CARLOS DE LA RÚA

Retrato de Carlos, del pintor holandés Nico Vrielink.

Homenaje al Arte Fotográfico a través de la mirada y el objetivo de Carlos de la Rúa

El donostiarra Carlos de la Rúa (1966) partió en el año 2002 hacia el Extremo Oriente con una mirada plen de sensibilidad y una caterva de cámaras en la mochila viajera.

Trotando por esos mundos de Dios y de los hombres, reside actualmente en China, donde desarrolla su actividad profesional y artística.

Puede conocerse más ampliamente su trayectoria y su obra a través de los siguientes sitios virtuales:

http://www.behance.net/carlosdelarua/frame
http://china.carlosdelarua.com
http://www.carlosdelarua.com
www.carlosdelarua.blogspot.com

Toda una vida

¡Qué belleza!

El Carpe diem de Carlos de la Rúa

Los artistas de los siglos XVI y XVII creyeron saberlo todo sobre el paso del tiempo y sus efectos en la naturaleza humana: se quedaron a medio camino, escribieron seis o siete sonetos sobre la rosa y la azucena, cabellos de oro, *edad ligera que no hace mudanza en su costumbre* y poco más. Alguno –Góngora- llegó escribir aquello de *en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.* Y Valdés Leal puso su granito de arena con su **Finis gloriae mundi**, pero ahí se quedó todo.

Al ver y mirar estas imágenes de Carlos de la Rúa, aprendemos en un instante lo que es la juventud, llena de vida, de esperanza, de belleza; con unos ojos de mujer que miran profundamente lo que les rodea y ponen en ese entorno todo su encanto. Ojos oscuros, bellísimos los ojos, bellísima la piel con que se cubre. Bellísima mirada que nos llega. Y en su silencio dice la gloria del momento. Sin embargo, esa vieja anciana que está muy cerca de la joven casi le sale al paso al cruzar una calle: tiene esta mujer la piel muy dura, como un suelo reseco y profundas grietas en la cara. No deja de mirarnos con sus ojos profundos y tras ellos una vida duramente vivida, ni deja de decirnos que nosotros también seremos esa cara y andaremos con ella orillas y riberas de la más negra sombra.

Ante estas imágenes de Carlos de la Rúa podemos afirmar, una vez más, que la Realidad se ve superada por el Arte. Y así, estas dos caras nos dan en un momento “todo el camino de la nuestra vida”.

Juan Vicedo

Chinescas sombras

Solo se dejan ver
como si fueran
líneas mordidas,
manchas que se esfuman
y no permiten ver lo que ellas fueron.

Sin embargo,
persiste,
se adivina
una pareja que se pierde y huye
¿de sí misma quizás
o de su sombra?
¿qué cobijo tendrán,
dónde habrán de ocultarse?

Al igual que recuerdos
ellas también se alejan.
El tiempo es quien las borra.

¡Oh parejas silentes
que el agua de las horas
ha llevado consigo!

Al igual que vosotras
he de ser rastro
que en un mar se pierde,
líneas gastadas,
perdidas siluetas,
eco desvencijado
que la nada silencie.

Manuel Parra Pozuelo

Conversación

Al mercado. Composición

Si el agua arrastrase el fruto
y la semilla que duerme en la esperanza
hoy no pesara,
si no pesara el mundo entre tus manos
y te abrazara el agua,
si tus brazos erguidos, tu espalda recta
hoy descansaran.
Si el cielo fuese al fin a desnudarse
a descenderse agua
y ocupara tus cestos de prodigios
de sustentos y risas,
si avanzaras
y el agua te cubriera atónita
y el mundo
nunca jamás en ti fuese una carga.

Si solo un paso más
y descansaras.

Julia Díaz Climent

Ceremonia. Composición

Mujer en las nubes

¿Qué puedes presentar con ese cesto
que mantienes erguido en tu cabeza?
¿Los frutos de una vida de pobreza,
de un amargo vivir que se te ha impuesto?

El mundo en el que vives es un mundo,
como mi propio mundo, un mundo ajeno,
lleno de penas, lleno de veneno,
en su raíz, en su interior inmundo.

Pero intuyo, mujer, que tú me ofreces
dádiva de inocencia y de alegría,
y en tu retrato, en tu fotografía,
mi poema te dejo, el que mereces.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Madre e hija

Dos miradas,

dos seres que dos vidas trasmiten

Transporta todo un mundo
de objetos e instrumentos
en su erguida cabeza,
y junto al corazón
la más amada hija.

Su serena mirada
que el futuro taladra
ni temor muestra
ni impaciencia anuncia
firmeza es lo que tiene
en sus hermosos ojos.

No así en su hija,
anhelante de instantes
que urgentemente espera.

Las manos de la madre
amorosa la estrechan
ella es carne nacida
de un amoroso coito.

Carne con vida propia,
aún no capaz de ser
autónoma en sí misma.
Sin embargo proclama,
con su mirada propia,
que ella también quisiera
tener camino suyo,
de vida tan lucida
como la madre ahora.

Es seguro, certísimo:
cuando pase algún tiempo
nacerá otra mirada
penetrante y sapiente
y ella tendrá también
un cuerpo que a otro cuerpo
amoroso cobije.

Dos miradas que se complementan,
dos seres que nos dicen que,
por siempre,
la vida renace potentísima.

Manuel Parra Pozuelo

Composición

El muchacho de la fotografía

¿A quién pertenece la cara de rasgos asiáticos que se asoma a través del hueco abierto en ese muro edificado con coles? ¿Quién eres muchacho encerrado en ese alud verde y nutricio? ¿Por qué y a quién sonríes? Tus ojos rasgados y algo estrábicos, tus labios entreabiertos en una sonrisa pícara y juguetona, la expresión de tu rostro, demuestran contento. ¿Sonríes por qué la cosecha es abundante; por qué es un premio a tu dedicación o por qué ahora podrás descansar después de tanto como has luchado sembrando, abonando, regando, recolectando…?

De pronto, sorprendida, oigo que una voz me contesta: "Soy un muchacho pobre y tengo que esforzarme intensamente para sobrevivir en un mundo injusto pero que nunca logrará apagar mi alegría. Sí, trabajé, trabajé, sudé y me sentí agotado y rodeado de privaciones, pero una buena cosecha es mi mejor recompensa; además, yo siempre encuentro una ventana por donde meter la cabeza y sonreír".

El aire trae el quejido de un carro que se acerca a recoger su mercancía. Pronto el muro verde estará en el mercado de la ciudad y comenzará un nuevo ciclo.

He de irme. Me despido: ¡Dios te guarde, muchacho de la fotografía! Intentaré recordarte y buscaré, como tú, una ventana desde donde ofrecer mi sonrisa a la esperanza.

María Rosario Mohinelo

Mujeres

Musulmanas, de Carlos de la Rúa
Texto de Mercedes R. García-Olías

Danzando, de Carlos de la Rúa
Texto de Mercedes R. García-Olías

La mirada

A Carlos de la Rúa

Hay aquí una mirada de hombre
que transparenta impecable
entre velos azules
entre océanos de luces.
Una mirada única, de hombre
fascinante, que repite
en espejos de plata esencias
rostros femeninos multiplicados
huellas dirigiéndose a las nubes
pasarelas con fulgor de diamante.

Hay una mirada donde el fuego
habita, con destellos púrpura
de rubíes, con cadencias
de pasos ascendentes
con caminos que se cruzan
que convergen en el agua
del mar inmarcesible.
Hay aquí una mirada de hombre
una penetración especular
en lo femenino, lo íntimo
un mirada singular entre frutos
alimentos y flores.

Hay una mirada de hombre
detrás de un objetivo.

Mercedes Rodríguez García-Olías

LA BODA

Me voy a casar. Es el día de mi boda. Me voy a casar, pero llego tarde a la Iglesia. No sé por qué no ha venido el coche a recogerme. Decido ir a pie. Corro, corro sujetando la cola del vestido para no arrastrarla. Llevo una oscura bata invernal sobre los hombros, intentando ocultar el traje nupcial. El velo es una bandera desplegada al viento que me persigue. Voy sola por la carretera paralela al mar que está esplendoroso y tranquilo.

Desde uno de los yates atracados en el puerto alguien me hace señas, alguien me llama. Me detengo un instante, y un hombre que carga en sus brazos a un gato atigrado, lo levanta para que lo vea bien. Es el gato más grande que he visto nunca. Sigo mi camino. De súbito oigo voces, gritos, cánticos. Veo avanzar, en sentido contrario al que yo llevo, a una multitud. Es una manifestación de emigrantes: magrebíes, sudamericanos, orientales, subsaharianos… Gentes blancas y negras, pálidas y morenas, vestidas con los llamativos ropajes de sus países, un desfile de moda étnica, una representación textil del arcoiris. Llegan a mi altura y no me hacen ni caso, aunque por poco me arrollan. Van a lo suyo. Reclaman sus derechos, sus papeles, un trato mejor de las autoridades, una aceptación mayor por parte de la ciudadanía. Sigo corriendo, corriendo…

Sin saber cuándo he llegado, me encuentro, exhausta, en el hotel donde debía celebrarse el banquete de boda. Todo está preparado e impecable. La decoración es preciosa; los manteles, blanquísimos; los cubiertos, de plata inglesa; la cristalería, de Bohemia; la vajilla, alemana. Las arañas deslumbrantes arrancan destellos al servicio de mesa. Sobre una plataforma, en un extremo del salón, la orquesta espera una señal para comenzar sus acordes. Desconcertada observo cómo el director me guiña un ojo al tiempo que señala hacia el piano; sobre él, el gato que he visto antes en el puerto, se despereza soñoliento.

Algo ha vuelto a fallar; no hay nadie sentado a la mesa, no ha llegado ningún invitado y el silencio más absoluto reina en la estancia. Aparece, por fin, el novio. Va de sport, con su gastada cazadora de cuero y sus viejos pantalones tejanos. Está furioso; me grita; me echa en cara mis constantes imprevisiones, mi total falta de sensatez; me acusa de estar siempre en la luna. Me reprocha no haber enviado las invitaciones. Intento, inútilmente, defenderme de sus recriminaciones, porque en realidad es él el que quedó en hacerlo, el que me dijo que estuviera tranquila, el que me pidió que no me preocupara, que él se encargaría de todos los preparativos, hasta de los más pequeños detalles, que lo dejara en sus manos, que confiara en él.

Angustiada y confusa, tardo en comprender lo que pasa, en vislumbrar la verdad. Mi corazón acelera su ritmo, me laten las sienes…

Huyo de allí. Echo a correr de nuevo; en esta ocasión sin la bata ni el velo que no sé dónde he perdido, arrastrando la cola del traje sin que me importe su deterioro, sin que me importe un bledo la curiosidad de los músicos ni la de los empleados del restaurante, que se han quedado inmóviles, petrificados, sin parpadear, congelados en sus ademanes, ni los comentarios que harán cuando vuelvan a la vida.

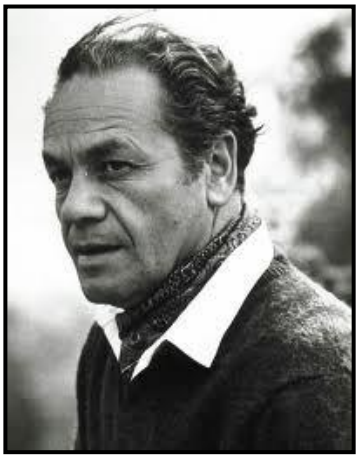
Salgo a la calle; oigo un rumor lejano que se va acrecentando conforme se acerca, elevando el tono hasta convertirse en un clamor. La manifestación aparece al fondo. Cuando pasa a mi lado, me uno a ella. Después de un instante de titubeo, comienzo a gritar mis propias consignas, a denunciar la humillación de que he sido víctima, la traición llevada al escarnio… Los estremecimientos sacuden mi espalda; un dogal oprime mi garganta, me falta la respiración… Por fin, rompo a llorar. Una catarata de lágrimas baña mi cara. Me ofrecen un pañuelo, me sonríen. De pronto, me siento una emigrante más. Comprendo que ahora soy uno de esos seres que buscan desesperadamente ese espacio acogedor y ese reconfortante sentimiento de amparo con que soñamos todos los humanos.

Mª Rosario Mohinelo

HOMENAJE A NICANOR PARRA. PREMIO CERVANTES 2012

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir.
Jorge Manrique

Pero, hombre de Dios,
¿todavía anda usted con esas creencias
oscurantistas y medievales,
de cuando la Tierra era considerada plana
y situaban el fin de la misma en el Finisterre?
Pues ya son ganas de estar dormido mucho tiempo,
demasiados años, sin saber ni conocer
que hubo un Juan Ramón, un Walt Whitman
o un Oscar Wilde. Podía usted haber tenido alguna curiosidad
y no ser de los que dice Machado:" Desprecian
cuanto ignoran".



Nicanor Parra

Ciertamente la vida no es un lecho de lirios,
de aquellos que alababa Salomón,
ni merece la pena ir con el salterio a cuestas
todo el santo día. Por eso debe uno tomarse
unas vacaciones donde mejor se pueda,
beber un vino suave, que se adentre espumoso
en las entrañas nuestras , o tener una novia
para toda la vida. Solo una, la única verdadera,
la que no ha de fallarte nunca y a la que tú
tampoco le fallarás. Y no seas imbécil,
erudito de pacotilla, que citas por citar
aun sin venir a cuento,
igualito que Sancho con los refranes.

Cuando te da la vena lírica
recuerdas a Federico G. Lorca o a Fray Juan de Yepes;
pero si te "pone" la prosa, te encandilas
con Sartre o Simone de Bouvoir;
aunque no los estimes en el fondo.

Mire usted, señor mío, señora mía.
El oficio de poeta es como el de los mineros:
adentrarse en las entrañas de la tierra
y sacar a la luz nuestras vergüenzas,
que son muchas e incurables. Pero sacan también
esas pocas virtudes que nos rodean, o esos cuatro chalados
que aún predican la bondad y la misericordia
y a esos cuatro o cuarenta millones que gimen y enloquecen
en las míseras cárceles de los opulentos.

Usted siga, si quiere, con Manrique,
pero piénselo bien
antes de que sea tarde y
el sol se ponga para siempre,
en ese ocaso negro. Porque la ola más grande
nos habrá arrebatado
el gozo de la Tierra
y el aire de la Noche más amable.

Juan Vicedo

Canción del niño soldado

El niño soldado
ya tiene fusil,
puede matar hombres
y puede morir.

Puede matar niños
el niño soldado,
día de su muerte
tiene señalado.

El niño soldado,
niño guerrillero
anda por los montes
con los hombres fieros.

Él se cree ya un hombre
desde que ha matado.
Ay, qué triste vida,
es la del soldado.

Lejos su familia,
se quedó en la aldea
y el hambre que tuvo
olvidar desea

Por el monte oscuro,
donde no hay luceros,
donde no hay estrellas,
van los guerrilleros.

Cayó el niño muerto
en mayo o abril.
Cerca de él hallaron,
su amado fusil.

Porque no se olvide
su muerte en las cimas,
quise yo escribirle
estas pocas rimas.

Tiempo de desdicha,
tiempo desolado,
la de aquellos niños
que han sido soldados.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Fotografía de Carlos de la Rúa

UNA MALA EXPERIENCIA

Un cruce de callejuelas. Es de noche. Las nueve y media del mes de noviembre. Un farol mortecino derrama sombras. Entre las casas del barrio el cielo se presiente. Un "ceda el paso", arriba, en la esquina del edificio de cuatro plantas. Bultos silenciosos se apoyan en las paredes de las tortuosas aceras, se descubre su presencia por el brillo del cigarrillo o el destello de una lentejuela. Silencio. Un Opel Corsa baja a poca velocidad, se detiene en la señal, el conductor mira a izquierda y derecha: despejado. Arranca lentamente y una moto Lambretta, rauda como un cohete, surge de la sombra izquierda y se da con el parachoques del Corsa. Queda partida en dos. Un hombre cae, tendido sobre la calle, no se mueve. Gritos, movimientos inesperados y gente surgida de la nada rodea al coche y al hombre caído.

-Señora, tranquila, no se ponga nerviosa. Pepe está llamando a una ambulancia –una mano de ébano abre la puerta del coche, mientras me habla, y me abraza. Es una negraza que exhala un fuerte olor a almizcle. Su pelo rojo muy rizado la orla como una diadema de fuego.

Yo tiemblo de miedo; confusa y mareada echo mano del bolso que llevo a mi lado y de las llaves. Pero algo me dice: peligro. Salgo como una autómata de los brazos de aquella mujer. Se acerca un hombre, la mujer me suelta y parece esconderse.

-Oh, amiguito, no hacía nada, yo solo quería ayudar –se disculpa con su acento gangoso dirigiéndose al recién llegado.

-Documentación –me dice ese desarrapado, con los vaqueros rotos, el pelo largo y grasiento, barba de varios días y manos de dedos largos y delicados.

Yo en medio de aquel caos lo miro y desconfío y no le hago caso. Me acerco al individuo tendido en el suelo, seguida del sujeto que pide mi DNI. Varias manos retienen al motorista al que no dejan levantarse.

-No se mueva, puede tener dañada la columna. Ya llega la ambulancia –le dice una morenita con mini falda, de hermosas piernas y pechos exuberantes ceñidos por un justillo.

Me asombro de los personajes que me rodean. Son chicas a medio vestir y sus chulos. Algún drogadito colocado y el tipo que se empeña en que me identifique. Más tarde me daré cuenta de que gracias a aquellos individuos camuflados a mí me respetan y no me atracan, que era lo suyo.

El silencio de la calleja se llena de ecos y de voces. Todos hablan a la vez, el ruido inquietante de las sirenas de la policía y de la ambulancia, el hombre raro que se enfada y me exige el DNI. Yo sigo sin comprender nada. De veras, no soy yo. Alguien actúa por mí. Si no es imposible que me fijase en tantos detalles en un momento tan dramático.

-¿Quién es usted? -pregunto al hombre desarrapado.

-Policía de la SOCIAL -y me muestra una chapa que lleva en el cinturón.

Entonces yo le doy mi carnet y él toma nota, se va sin darme las gracias. Pero ya estoy rodeada de policías de uniforme. Policía local.

-¿Se encuentra bien? –ante mi afirmación silenciosa me ordena-. Lo primero retire el coche y déjelo en aquella esquina sobre la acera. ¿Puede hacerlo?

-Sí –dije con voz incolora.

-Traiga la documentación del coche y el seguro, déjeme su permiso de conducir. Ligera, que no puede entrar la ambulancia.

-Pero…el herido ¿está mal? yo…

-¿Cómo quiere que esté? magullado –me contesta el policía joven. -Usted haga lo que le mando. Retire el coche.

Obedezco y muevo el coche para un lado, sobre la acera. Me siento rara, como si todo esto le estuviera pasando a otra persona y yo fuera una espectadora. Le llevo al policía los documentos requeridos. Antes otro tipo enfundado en un chubasquero con la capucha puesta, no se le ve la cara me pide el carnet. Yo dudo pero él enseguida dice Policía Secreta y saca del bolsillo una chapa. Le doy lo que solicita y sigo hacia el policía de uniforme. Le entrego todos los papeles y este le dice al compañero.

-Anota, todo está en orden. Seguro a todo riesgo: compañía La Mutua Madrileña. No habrá problemas.

Sigo en estado de robot. Mi obsesión es el hombre de la moto. Voy hacia la ambulancia, de lejos lo veo tendido en la camilla asustado y queriendo huir. No me dejan acercarme. Regreso a donde están levantando el atestado y firmo un montón de papeles. Multa de doscientos y pico euros y cuatro puntos de penalización. A todo esto los

personajes del primer momento han desaparecido. La calle solo alberga la ambulancia, dos coches de policía y sus agentes, y yo.

-Puede irse –me dice el policía que dirige el atestado-. La multa tiene descuento si la paga en unos días.

-Gracias por lo amables que fueron conmigo –digo con un hilo de voz-. Mi preocupación es el herido.

-No se preocupe, solo está un poco golpeado. Por precaución lo llevan a urgencias. ¡Váyase!

Entro en casa a las once y media. Había ido a un recital de poesía a las ocho. El recital duró una hora, el rato que hablé con los conocidos y los veinte minutos de distancia. En esos pocos momentos todo había cambiado. Sigo robotizada. Veo al hombre menudo, poquita cosa, tendido en la camilla. Lo sigo viendo como si fuese una foto fija. ¿Cómo estará? No siento nada. Insensible total. Mis sentidos no reaccionan ni a la culpa ni a la pena. ¡El hombre tendido sobre las losas de la calle! ¡El hombre en la camilla desamparado! ¡El hombre…!

Airam Lebasi

Liras al desengaño

Ya no hay paz en la tierra,
y el amor se obscurece despoblado,
y la fe se destierra
donde el sueño es ahogado,
y el mundo se retuerce desangrado.

Ya no hay paz en la tierra,
y el silencio se torna en desconfianza,
y hasta el viento se emperra
con su invisible danza
en revelar el fin sin añoranza.

Ya no hay paz en la tierra,
y en ella, crecen bocas desgarradas,
preludio de una guerra
de flores deshojadas,
y el mal habitará en nuestras moradas.

Lucía Espín

Tu río y el mío

En aquella aldea...
un tanto alejada,
con yerbas silvestres
de rocío mojadas,

llegaste una tarde...
no sé qué buscabas,
mas, sin saber cómo,
entraste en mi alma.

Nuestro amor fluyó
como claras aguas...
de arroyo en invierno,
tibias y mansas.

Tu río y el mío
unieron su marcha,
ya por las llanuras,
o entre las montañas.

Debajo del puente,
en las cataratas,
quizás otras veces,
un poco estancadas.

Aquellos susurros
de paz encantada,
dulce melodías,
que nutren nuestras almas.

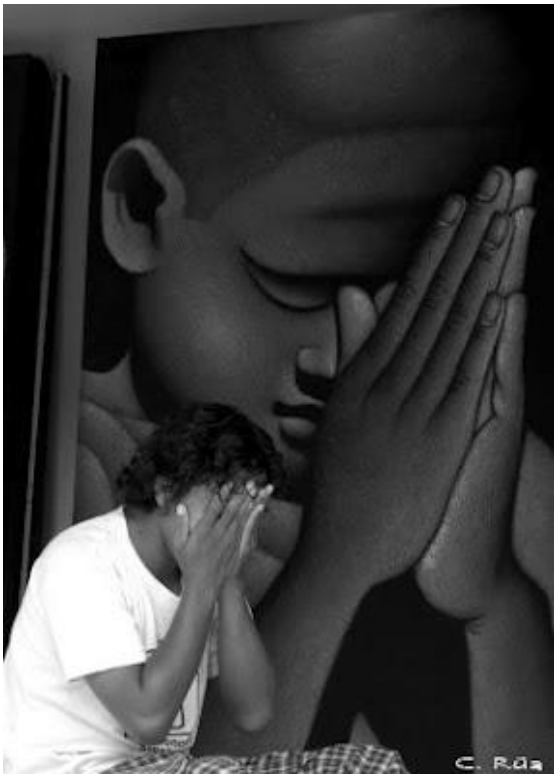
Pasamos la noche,
ya se acerca el alba,
hacia el mar azul
nuestro río avanza.

Tu río y el mío,
juntos en la playa.

Paqui Herrera

Adiós, adiós, de Carlos de la Rúa

En el filo de la navaja



Dos dioses, un alma, de Carlos de la Rúa

Parece como si todo existiera
con mensajes ocultos y sus contrastes;
cosas con idioma propio en la textura de la vida,
aromas, sonidos, colores, armonía, equilibrio,
y es, con el incesante reclamo de mi propia conciencia,
que me pregunto…
Si el alma no nace ni muere, si el alma es permanente,
¿quién es uno?

Si una cosa me envejece más, es estar en donde
no hay ni principio ni fin, sin capacidad, sin energía,
sin actividad propia y por ello busco,
el centro de la existencia, el más interno y real.
aquel en el que permanece el llanto de la niebla,
la humedad de los bosques en las horas tempranas,
y los retoños brotan y se suman a la rama vital.

Y a pesar de prisas, miedo, dudas, tensión,
como mallas cautelosas de la noche
circundado de acechanzas, permanezco
rebasado de ansiedad, preguntándome
¿qué parte de “no debes” no he entendido?…

Marcelino Menéndez González

Perecer

Triste es vivir, pero por más que sea
enorme la amargura que se siente
cuando se torna adversa la corriente
y algún hado perverso nos golpea;

por más que sea contraria la pelea
todos queremos ser eternamente,
como aquel que amanece y que se siente
ungido por la luz cuando alborea.

Mas ni siquiera así será posible
permanecer por siempre en el estado
que aspira a ser sin duda indestructible,

y aunque sea con el alma deseado:
el perecer terrible, ineludible,
será su fin seguro y obligado.

Manuel Parra Pozuelo

Bambú, de Carlos de la Rua

LA CASITA Y LA PALMERA

Creo haber oído decir que en retórica a esto lo llaman unión entre seres vivos de cualquier especie.

Mientras planeábamos la casa, una casa pequeña en aquel terreno entrañable y tranquilo a pesar de estar en pleno centro del lugar, mi madre plantó una palmera. Siguiendo los pasos que tenía por costumbre, eligió un dátil sano y vigoroso y lo acostó con mimo en la tierra de una pequeñísima maceta; cuando asomó la primera hoja lo pasó a otra mayor, y de ahí, con cuidado, a otra, y así sucesivamente hasta estar preparada la planta para echar raíces en el suelo.

Algún día -dijo-, será una hermosa palmera.

La casa se fue terminando poco a poco. Todos los miembros de la familia amasamos cemento, ideamos el jardín eligiendo cómo y dónde acomodar cada planta, pintamos enrejados, verjas y fachada, y hasta pusimos las losetas del suelo que rodea la casa y algún que otro baldosín en la terraza del porche.

Y un día primaveral, allí, delante de la casita, en el jardín, con la ayuda de mi padre que fue quien cavó el hoyo, mi madre, con su acertada mano, plantó la palmera que entonces apenas medía medio metro.

Una vez acabadas las obras, incluido un pequeño estanque de mosaicos de colores, donde un surtidor fluye por la boca de un pez que sostiene un niño entre sus brazos, vinieron días de ocio, de comidas en familia y de noches tranquilas al fresco. La palmera siempre ha sido testigo de nuestras fiestas y vacaciones; ha crecido como un símbolo del recoleto jardín y se nota, por su lozanía, que se siente orgullosa de formar parte de la familia y de su proximidad y amistad con la fuente; la comunión entre ellas es una bella estampa que agradecemos, pues, mientras una nos acaricia y nos cobija con su sombra, la otra refresca el ambiente esparciendo su agua con un imperceptible y armonioso gotear.

Han pasado muchos años, mis padres ya no están entre nosotros, pero mi hermana y yo y nuestros hijos tenemos la costumbre de acudir asiduamente a aquel entrañable lugar.

Los fines de semana y en otras ocasiones como las vacaciones de verano, viajamos hasta allí. Desde lejos ya se divisa la palmera ¡tan hermosa! que ha rebasado con creces el tejado de la casa a la que protege con su adorno palmar. Treinta años después, sigue esperando perenne nuestra llegada.

Amparo Benito Díez

Sin otro equipaje

Palabras antes del regreso a un Hospital

Cuando se vuelve
del reino del frío
y has visto como Ella,
la grande y poderosa,
contempla burlona,
con una mirada casi compasiva,
los rencores y dolores humanos…

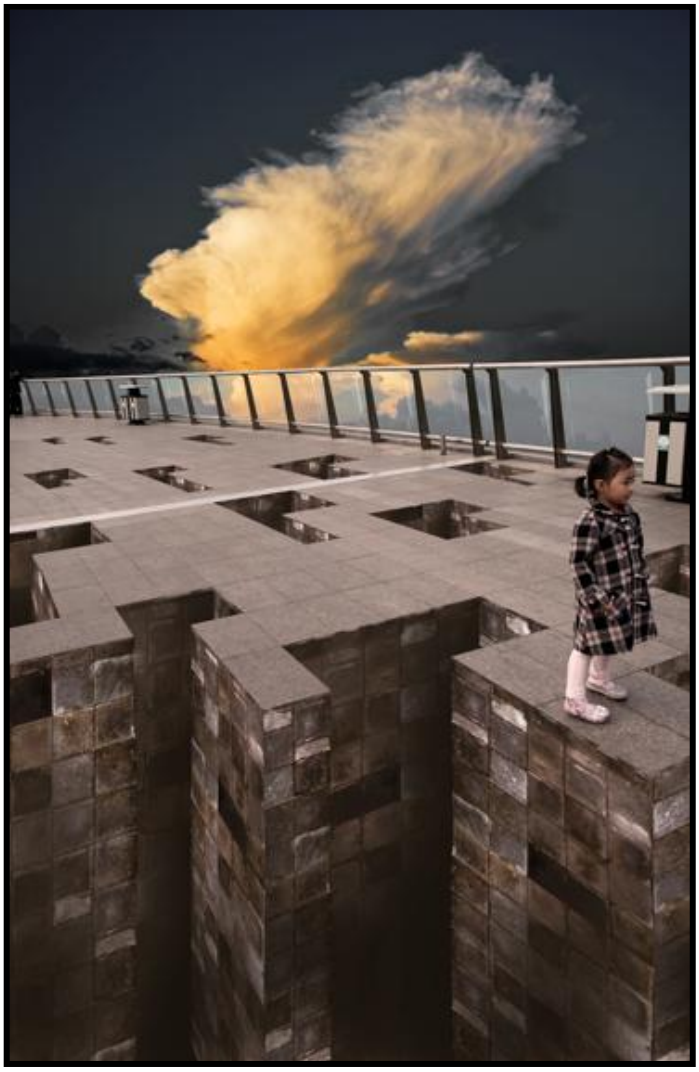
Cuando regresas de nuevo
al reino del frío,
a los pasillos interminables
donde Ella espera, impávida,
a los seres de ojos inermes
y cuerpos empequeñecidos
bajo la sábana blanca…

Cuando penetras, otra vez,
en el reino de las agujas afiladas
que inyectan líquidos de muerte
en tus brazos doloridos
y caes,
caes,
caes al pozo oscuro
de la inconsciencia
de donde no sabes
si habrá billete de retorno…

Y cuando comprendes
que, en realidad,
no tenemos un tiempo determinado
y preciso,
entonces,
corre, llama a la amiga ausente,
dile, sin decirlo, que la perdonas,
dile que la quieres, sin decirlo,
con un beso de café en los labios…

Llama a tu hombre, ámalo hasta el más
dulce e íntimo gemido, graba los surcos
de su piel salada en la punta de tus dedos
y, sin otro equipaje que el amor,
regresa, serena y leve,
al reino del frío.

Pilar de Juan



Alegoría, de Carlos de la Rúa

Albada de espada y mar

A David Belmar

Era de la noche
su más oscuro anuncio
y una espada en la sombra
dolorosa quietud
para sí misma
cobijaba

Espejo, muerte o luna
repoblada de luz tu mano habitaba:
¡oh mar, mansa y pérfida mar!
Nutrida de silencio
fatigadamente respiraba

Era de la noche
su más oscuro anuncio
y por el musgo
mi labio
hasta tus orillas descendía

Una morada, entonces,
huérfana, delicada,
desde frondosa espesura
un baile consentido
en cabello
en maleza
y en roca

¡Oh violenta mar, cruel rostro desde las
miserables entrañas!
Un estertor cautivo
contra las olas su espada desplegaba
acumulando
vestigios la espuma,
derrocando nácar y ámbar
henchido un racimo
hasta en los pliegues
hollar la tierra herida:
la espada como un grito

Era de la noche
su más oscuro anuncio
y por los arroyos fríos
un alba deshojaba
las aladas guitarras

Manuel Valero Gómez

EL ARTE DE LLORAR

«El llanto es un arte –aseguraba mi madre cuando yo entraba en la adolescencia–. Hay quienes no logran llorar, ni siquiera cuando se les muere un ser querido. Cuando se llora con profundo sentimiento –decía– recorremos un camino lleno de maravillosos descubrimientos. Quienes no retienen sus emociones recorren ese camino como algo familiar. El hecho de haberlo pasado en repetidas ocasiones los calma y hasta los regocija.

"Quienes no lloran no conocen ese bienestar, ese sabor agridulce que se siente cuando, gracias a las lágrimas que brotan, uno va desalojando su dolor. Quienes no lloran son gente que tienen miedo de descubrir nuevos caminos".

No logré comprender las palabras de mi madre hasta que perdí mi primer gran amor. Se trataba de un peruano, de piel canela y ojos verdes, que había ido a mi país natal junto a otros ingenieros a tomar los cursos de Cartografía Automatizada en los que yo también participaba. El peruano era guapo, y lo sabía. Y como buen latinoamericano, consideraba la seducción como su principal pasatiempo. Al mismo tiempo que salía conmigo lo hacía con una compatriota a la cual yo conocía sólo de vista.

El día antes de su partida me llevó a cenar y allí, en plena comida, me pidió que fuera su novia y, como para darle peso a su petición, me regaló un anillo. Me prometió que en cuanto llegara a Lima estudiaría las posibilidades para que me fuera para allá y trataría de encontrarme un trabajo en la empresa de ingeniería de su padre. Me dijo también que prefería que no fuera al aeropuerto puesto que le resultaba penoso ese tipo de despedidas.

Contra mi voluntad le prometí que no iría, pero al día siguiente no pude evitar aparecerme una hora antes del despegue. No fue difícil encontrar al grupo de peruanos. Algunos estaban acompañados por chicas, otros no. En cuanto a mi gran amor, no sólo estaba acompañado por mi compatriota sino que en ese momento, un poco separado del grupo, se besaban. En la boca y con los ojos cerrados.

Uno de sus amigos se les acercó y carraspeó. Nuestro galán (mío y de mi compatriota) abrió los ojos y creí percibir el cielo cayéndole en la cabeza.

–Vine a desearte un buen viaje –dije con una sonrisa que, más que sonrisa parecía la mueca hecha al tragar una bebida demasiado amarga.

–Gracias –mi galán imitó mi mueca.

Saludé al resto del grupo y partí.

En cada semáforo hasta llegar a mi casa retuve las lágrimas. No iba a llorar por alguien que no se lo merecía. También las retuve al entrar en mi habitación. No ha nacido el hombre que me haga llorar –decía y repetía- cuando mi madre entró en la habitación con el anillo que me había regalado mi galán peruano.

–No sé de dónde has sacado este anillo –me dijo– pero hoy cuando limpiaba la cómoda se me cayó y se rompió. Es de plástico barato.

No seguí oyendo la retahíla de mi madre, asegurando que no estaba a la altura de una ingeniera como yo usar ese tipo de baratijas. Sentí que las emociones del día, como un río que se sale de madre, estaban a punto de derramarse por mis ojos. Mi gran amor, mi galán peruano, me había engañado como a una niña sin que yo lo sospechara.

–Necesito estar sola –fue lo último que logré articular antes de sacar, casi de fuerza, a mi madre de la habitación.

Esa vez lloré por mi matrimonio abortado; por mi vida en ese país del sur, con tanta historia; por mis hijos de piel canela y ojos verdes y, como la cereza que corona el pastel o la aceituna el martini, por ese anillo de pacotilla que puso de manifiesto que yo no representaba nada para él.

Cuando expulsé todas mis emociones alcancé ese bienestar, ese sabor agridulce del que hablaba mi madre. Desde entonces, cada vez que me siento desesperada expulso mi desesperación por medio de lágrimas las cuales convierto en una especie de oración en la que ordeno a mi yo interior que me libere de todo cuanto me daña.

Fotografía de Carlos de la Rúa

Maritza López-Lasso

Sonetos

I

Si no me respirases en la cara
en el primer suspiro, en cualquier día ,
con tu risa frutal, tu melodía,
quedaría sin luz que me libara

la alegría de ser de cada instante,
y hambrearía huérfana mi boca
de la dulce lección que desemboca
a este incierto vivir de caminante.

Y es que adoro tu brisa y me encadena
a este espacio de azules curvaturas
empeñado en parir fuegos errantes.

Y aunque al fin, solo grano sea de arena
de un planeta que es una criatura
sembraré pan de amor, sueño de amantes.

II

Te espero en este pecho amanecido
airado cuenco helado que te ansia
soñando ya en la luz de tu ambrosia
mientras lanza mi pelo un alarido,

convocando en el viento al fuego amigo
con la punta dorada de mis dedos.
entregando mi alma a los aedos
que han tejido la urdimbre de mi abrigo.

Donde siembro una llama nace un beso
y en su anuncio de trigo, un pan caliente
celador de mi cuerpo que ha dejado

en la Tierra el sudor herido y preso.
Y en la cúspide yerma de mi frente
dos palomas pedí y han anidado.

Julia Díaz Climent

Alegoría, de Carlos de la Rúa

Perfecta tormenta

Un universo mío, un mutable crisol,
en el que ahora se inscribe mi osamenta,
ante mis ojos vibra tercamente.

Sólo cabe admirar el escenario
tan tenaz como el sol que me conforta.

No es posible saber por qué existimos,
dónde habrá de acabar lo que ahora miro,
dónde habrá de acabar lo que me mira.

Es todo un universo que me acoge y me acuna
hasta que en un instante mis horas finalicen.

Entonces ha de ser, tan sólo entonces,
tan breve y fugazmente como brilla un relámpago
cuando, en mi soledad, de mi mismo me apiade,
para después cerrar mis ojos para siempre.

Manuel Parra Pozuelo

Alicia en el país de las maravillas, de Carlos de la Rúa

Tres pensamientos breves

EL MAR

Desde la lejanía se acerca el mar profundo
a fascinar mis ojos de poeta,
deshecha su alma oscura
en sus ondas violetas.

¡Oh, mar tan amoroso y tan amado!
Marcando el ritmo de la vida plena,
lleva, continuamente renovado,
tu viejo corazón hasta la arena.

RAYUELA

Como un juego de niños, la rayuela.
Desde la tierra busco cómo llegar al cielo,
arrastrando la piedra de casilla en casilla…,
sin saber que a lo alto se llega con un vuelo.

SOLO ME QUEDA ELCANTO…

Solo me queda el canto
para tapar las penas
para secar el llanto,
para callar la rabia que me llena la boca,
para olvidar la voz del desamor,
para poder nombrar las cosas viejas
sin morir de dolor.

Germana de Miguel

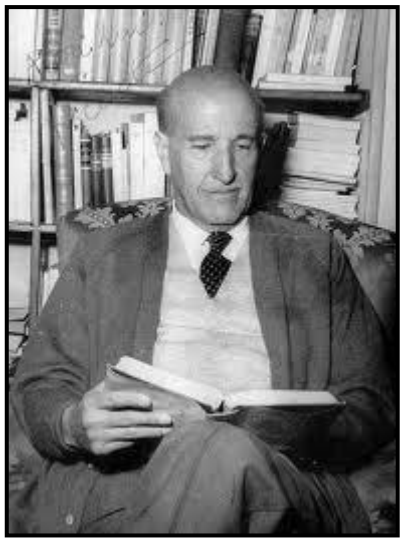
A Mercedes Rodríguez

No surgió la rosa de la tierra.
Estaba escrito.
Emergió de los huracanes y los torbellinos
desde un silencio roto,
suspendida en una idea,
cortada por la palabra,
insertada en una piedra entallecida.

Porque hace tiempo descubrí
el aura dorada de las piedras,
porque todas tienen alma,
y si las acaricias con sumo cuidado
las piedras abren su última membrana,
un miriocristal
y te muestran su noble Ser
brotando en ellas su figura.
A ti,
alma de vestigio inequívoco
te brindo los mares en calma,
los años que has dispuesto en un cuadro
a través del espejo.
A ti,
madre putativa,
donde florece el amor
y se sosiegan los pensamientos.
A ti,
donde la ceniza nace para ser bendecida.
A ti,
donde el Infinito
se recoge en tus blancas manos.
A ti,
en donde la libertad se ensancha
y no hay diques para el árbol ciliar.
A ti,
que nadas entre el cielo de las estrellas
te rubrico
todos mis cantares de ruiseñor aprendiz.

Inma Méndez/Alféizar

VICENTE ALEIXANDRE, UN NOBEL CASI OLVIDADO



Definitiva y decididamente, podemos afirmar que Aleixandre fue un excelente poeta y, al mismo tiempo, un nobel con poca suerte, casi olvidado. Desde que murió muy poco se ha escrito sobre sus obras, olvidándonos así de un poeta malagueño –aunque nacido en Sevilla- excepcional, que llevó con una dignidad extraordinaria su independencia ideológica y su casi eterna vida de enfermo. ("Tengo una mala salud de hierro", solía decir). Nacido como Lorca el año del Desastre (1898), Vicente Aleixandre pudo sobrevivirlo largos y fecundos años, para lograr su obra y dirigir y orientar desde su casa de Wellingtonia a toda una pléyade de jóvenes poetas de postguerra. Y aunque parezca extraño: un famoso diario de la cadena del franquismo (el diario Pueblo) lo declaraba el poeta más famoso y popular de la época.

A Vicente Aleixandre, Nobel de 1977, hay que situarlo en la plaza, allí donde se cruzan las más diversas pasiones y lenguajes. Él, que no pudo vivir en el ágora, que no pudo disfrutar del aire fecundo de los chopos en libertad, se planteó su poesía como un acto de comunicación con los otros y no solo con los iniciados o los profesionales de la lírica. En cierta ocasión dijo: "Escribo para el que no me lee". Quiso bajar y descender para buscar la esencia cósmica, la pasión del amor, la fuerza del paraíso. Su latido, su íntima pulsación malagueña en tierras de Castilla, quiso situarse junto al enamorado, junto a la mujer que abre las puertas a la aurora. En la plaza sabía ver la individualidad de cada uno pese a que era mucho más fácil cerrar los ojos y ver solo confusión y turba.

Es el suyo un mundo abierto, cientos de páginas abiertas al mundo, para que el hombre que fue niño pueda rememorar su infancia, aquella que no vivió porque sus ojos aún se lo impedían, porque su lenguaje tenía las carencias propias de la edad, porque la prisa del niño todo lo corre velozmente. Luego, muy tarde, cuando la infancia es sombra, el hombre se asusta de lo que dejó de vivir plenamente, cuando ya el agua del río ha arrinconado mares y ha puesto al padre en el olvido del que jamás se vuelve. Solo la ciudad emerge engalanada de flores y jardines, de la mano maternal que los cuidó en los primeros días. Ciudad honda, que nos hace y nos marca para siempre y queda reflejada en ***Sombra del paraíso. Espadas como labios,*** o labios como espadas que hieren, que dejan sangre y dolor en el instante del beso. "Frontera de los besos serán mañana", escribía Miguel Hernández, en el poema dedicado a su hijo. Pero los amantes de Aleixandre se querían en un lecho navío, se querían de noche o en la playa, que va creciendo en el día, que va alumbrándose con su sol eterno, testigo de tanta pasión enamorada. Frente a esa exaltación de la vida, otros dos elementos capitales de este libro: la desnudez del amor, la desnudez de la muerte.

****

Descubrir a Vicente Aleixandre, leer a Vicente Aleixandre es descubrirnos y es leernos. No nos hacemos sino con la reflexión y con el sentimiento de cuanto somos. Hay que pararse. Hay que dejar por un momento los negocios urbanos, las preocupaciones que nacen en la gran ciudad, las polémicas que surgen en los parlamentos. Y así hay que fijarse en los cuerpos luminosos y amantes que somos. Ya no podemos vivir lejos de una tarde propicia al encuentro, que nos dice en su crepúsculo el hambre de hacernos vida y que por eso entrega sus brillos en las plumas del águila imperial: "Han llegado las águilas…"

Sólo con el diálogo se llega al conocimiento. Y dialogan los ancianos enamorados, ahora que todavía se poseen el uno al otro, frente a frente. Y permanecen inmóviles y fijos en la más antigua de sus residencias, pero presentes en su amor de hoy, en el amor septuagenario que hoy los rodea. Pasados ya los tiempo de la rosa y la azucena, estos nuevos amantes de ***Diálogos del conocimiento*** no se asombran de la llegada de la tarde íntima, que cierra luces, que apaga valses y pone en el olvido el tacto más profundo de la piel.

"La poesía apenas da para merendar" parece que dijo en cierta ocasión nuestro poeta y no andaba desencaminado. De la poesía, sobre todo si es poesía lírica, poesía centrada en el yo y alejada de sus circunstancias, no se vive: se vive mejor del teatro, de la novela o el ensayo de éxito. Por eso Lorca vive hoy y es recordado no solo por su trágico asesinato, sino por las figuras femeninas frustradas hondamente que supo y quiso poner sobre la escena. No llegó a ver representada ***La casa de Bernarda Alba***, ni la estupenda

adaptación cinematográfica de ***Bodas de sangre***, pero vivió el acontecimiento de ***Yerma*** y el aura popular que se ganó con el ***Romancero gitano.***

Muchos poetas han tenido su centenario o sus conmemoraciones, pero otros, como Vicente Aleixandre han quedado postergados. Por mucho que saque usted a la calle ***Historia del corazón*** nadie se molestará en preguntarle cuál es su tema y ya nadie recuerda la ayuda que prestó a quienes se iniciaban en el terreno de la poesía, como tampoco recuerdan que Aleixandre fue uno de los pocos que se preocuparon por la figura de Miguel Hernández, cuando el nombre de Miguel se había convertido en un tabú, perseguible de oficio por la Fiscalía de nuestros antecesores. No pregonamos una "vuelta" a Aleixandre, pero sí queremos pedir que de vez en cuando, cuando las pequeñas miserias de la vida municipal y espesa nos acechen, sepamos superarlas con la lectura de algunos de sus inolvidables poemas porque siguen nítidos y vivos.

Queremos concluir este artículo con unos versos de Vicente Aleixandre:

SILENCIO
Bajo el sollozo un jardín no mojado.
Oh pájaros, los cantos, los plumajes.
Esta lírica mano azul sin sueño.
Del tamaño de un ave unos labios. No escucho.
El paisaje es la risa. Dos cinturas amándose.
Los árboles en sombra segregan voz. Silencio.

Juan Vicedo

Sombras, de Carlos de la Rúa

Las águilas reales

Las águilas reales,
volando por los montes y collados,
a los mismos umbrales
de la casa han llegado
de algún pueblo lejano y olvidado.

Su vuelo majestuoso
y su poder y su enorme altanería,
quebrantando el reposo
de la calma del día,
hacen la tierra más y más sombría.

El labriego tranquilo,
después de trabajar la dura tierra,
en su choza el asilo
va buscando, y se encierra
con el pavor y el miedo que le aterra.

El sol, que antes quemaba
más allá de las águilas se aleja.
donde el abismo acaba
una horrísona queja
en la tierra pervive, dura y vieja.

Cerrando los portales
el vuelo sigue y prosigue fuerte.
Las águilas reales
dejan la aldea inerte
ensombrecida y sola ante la muerte.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

VENECIA, AMADA MÍA, UN POEMARIO MULTIDIMENSIONAL

El pasado 28 de mayo se ha presentado en la Sede Universitaria de Alicante el poemario de Mercedes Rodríguez García-Olías "Venecia, amada mía".

Cuando leí por primera vez "Venecia, Amada mía", me vinieron a la memoria las palabras que García Lorca pronunció antes de la presentación de su obra, "Poeta en Nueva York": "La calidad de una poesía –dijo– no se puede apreciar nunca a la primera lectura". Y esto es lo que ocurre con el poemario de Mercedes. Atrae desde el primer momento; pero se ha de volver a él para disfrutar en profundidad de toda su belleza, de toda su complejidad; para llegar al fondo de todos los matices y todas las sugerencias. "Venecia, Amada mía", me ha parecido un libro de madurez creativa, inteligente y culto; un poemario que la autora ha trabajado con exigencia, impregnando los versos de una energía, de una fuerza expresiva capaz de catalizar, a través de bellas imágenes, los elementos propios de la emoción, la comunicación y el conocimiento. Al igual que aconseja García Lorca, este poemario requiere de una lectura acompasada para constatar la diversidad de valores que entrelaza, y para disfrutar con el bagaje de cultura y de buen hacer que atesora.

Estas palabras solo quieren ser un rápido acercamiento, un intento de trasmitir las impresiones que su lectura me ha sugerido, y una manifestación de asombro ante la profundidad y madurez de sus versos. Pero el poemario encierra mucho más. Es un texto múltiple y original; un libro que gana con la lectura.

"Venecia, Amada mía" es un poemario coherentemente temático. El título ya avanza, sin rodeos, el tema: la ciudad de Venecia. Pero no ofrece una visión realista de Venecia sino una contemplación ficticia desde la subjetividad. El Yo subjetivo es quien percibe la realidad, quien se aproxima a ella, quien, rebasando sus contornos, se adentra en el desván del conocimiento y la ofrece con un enfoque multidimensional. El resultado es una evocación distinta y luminosa de la realidad, y no porque esta sea intrínsecamente diferente de la ciudad de Venecia, sino porque la mirada de la autora la sacraliza al convertir en esencial lo subjetivo. Mercedes traduce Venecia a su idioma poético e íntimo, la despierta en su imaginación, la rescata, y, en cierto modo, al tamizarla, la crea y la refunda; y todo ello a partir de un ejercicio ingenioso de simbolismo, ficción y realidad.

Uno de los aspectos positivos de una obra literaria es la atmósfera que el escritor consigue plasmar y transmitir. Inmerso en su atmósfera, un libro cobra vida, adquiere su particularidad y su fuerza. Creo que Mercedes ha logrado este reto, y lo ha conseguido de dos formas: una, poetizando aspectos puntuales, propios de la ciudad; y, otra, impregnando Venecia de su subjetividad, resucitando sentimientos, creando asociaciones, vivificando y exaltando emociones. En una palabra: sublimándola.

El poemario consta de treinta y dos poemas de versos libres. Pero es de destacar que todos ellos, aunque tienen un hilo conductor común, no están colocados al alimón, uno detrás del otro, sin más; no, entre ellos se establece una interrelación, una dependencia, un orden de inicio, desarrollo y fin.

En la introducción al primer poema, la voz poética justifica por qué ha surgido el poemario, por qué se aviva la memoria. *"Estabas escondida entre pliegues de olvido. Pero sucedió lo inexorable, lo que tal vez estaba escrito. Ana te trajo enredada en su pelo. En sus ojos reptaban el terciopelo y la serpiente".*

La razón aducida se nos ofrece enigmática: "Pliegues de olvido; sucedió lo inexorable; estaba escrito; Ana te trajo… Es decir, entendemos que, en un momento determinado, ocurre que la evocación de Venecia se hace imprescindible porque, a través del personaje de Ana, la ciudad aparecía con toda su convocatoria.

A partir de aquí, paso a paso, y en una atmósfera mágica, la mirada de la autora recorre la ciudad. Cual chispazos, vemos los puentes, el surco de las barcas en el agua, pequeños cafés en los que tomar un capuchino, las ojivas y las bóvedas de las viejas iglesias de donde parecen emerger salmos y cantos gregorianos, muros, ventanas góticas, hospicios abandonados en los que resuenan los coros de las huérfanas, las plazas, los campanarios, los barrios industriales, y, cómo no, el febril carnaval, que se percibe como adecuado escenario para invocar a la musa Erato.

Ciñe, divina Erato
a mi cabeza la corona
de tus dones
vísteme de rosas escarlata.
Con el arco fléchame.
Con tu lira deliciosa pálpame.

El paisaje urbano de Venecia cumple un valor relevante, pero no es el único, porque este escenario sirve también de detonante para otras emociones imprevistas. Se habla de viejas heridas, de "cicatrices del alma", de la trascendencia de la niñez, de la poca fiabilidad de los recuerdos, del paso del tiempo… Se reflexiona sobre lo cierto y lo soñado, sobre el presente y el ayer, sobre la identidad…Ocurre en algunos poemas que la voz poética, en primera persona, se identifica con la ciudad.

No sé, no sé
si eres una ciudad italiana
que me está soñando ahora
o si soy una mujer española
que te soñó antiguamente.

Se recuerda a Eros, al amor, a la vida: "*Es Eros un vuelo que me roza /quien me alienta, quien me besa"* y, como contrapunto, también se invoca a Tánatos, la muerte acabadora del amor.

Un fuego de premura
de pasión, de muerte
se alzó en mi corazón.
Se aviva tánatos
en su Orco Eterno
se aviva la muerte paso a paso
piedra a piedra, muro a muro.

Al llegar a los últimos poemas se marca el fin del recorrido. La voz poética pide descansar del recuerdo, pide que la memoria se deshaga del hechizo, (aquel hechizo que se nos muestra en la introducción al primer poema), pide que se amaine y se prepare para el adiós: "*Anciana la memoria/ se despuebla/ extrae los zumos/ se encrespa/ resuelve el tiempo/ y vuelve mansamente/ a su nido."*

La estructura de los poemas me ha parecido muy original. En cada uno de ellos, la autora crea un breve texto de prosa poética para ofrecer un avance aclaratorio del mismo. Estos preámbulos presentan la particularidad de que, además de aclarar la esencia del poema que introducen, hacen referencia a un músico, generalmente italiano, y a un movimiento musical, que podría tener relación con el contenido del poema. La poeta lo ha sentido de esa forma y lo sugiere.

Así, Puccini, en *allegro mosso*, se alza entre las aguas; voces angélicas entonan madrigales de Giovanni de Palestrina; la música de Marcello, en un movimiento *alegrísimo*, es la que acompaña al Carnaval; Vivaldi suena en un movimiento *allegro ma non troppo*… y también se da cita, entre otros músicos, a Corelli, Albinoni, Pergolesi, Monteverdi, Rossini, los Scarlatti… Es decir no solo se contempla y se siente la ciudad de Venecia sino que también se puede escuchar o intuir su música.

¿Y qué decir de los recursos expresivos utilizados? Es imposible en tan corto espacio, detallar un aspecto que necesita minuciosidad; pero no puedo dejar de señalar, aunque sea de pasada, que las metáforas y comparaciones, los paralelismos, las prosopopeyas, las sinestesias, las paradojas y los encabalgamientos… abundan en los versos del poemario. Ahora bien, es la metáfora el recurso más utilizado y es la ciudad de Venecia la que más metáforas recibe. Entre ellas: *sierpe entre puentes cautiva*; *Venus de miel*; *plata fluida*; *prímula traidora*; *perpetuo sueño*; *azogue espectral de luna*; *fragua*; *crisol*; *río de brea descendente*. El mar es: *abrazo intenso/ de dedos verdinosos.* Las promesas ya caducas se imaginan como: *rojos corales/ recamados en el rumor del agua.* Y la isla de Murano es *barquita de papel en la laguna*.

Además ha utilizado la autora dos recursos que quiero especialmente señalar: Uno, la técnica del contrapunto, evidenciada en los contrarios: vida/muerte; sombra/luz; mundo exterior/mundo interior; memoria/ensueño; realidad/ficción. La autora pone de manifiesto este recurso a lo largo de todo el libro, bien contraponiendo ideas o sencillamente palabras. La otra técnica que se percibe es la de la elipsis; así, la supresión de palabras, la yuxtaposición y el asíndeton son recursos que logran conseguir, en algunos poemas, una atmósfera de irrealidad o, si se me permite, de realismo mágico muy atrayente.

LOBA ALBINONA

Cohabita Albinoni en tu pecho
de loba, de loba, de loba.
¡Oh tiempo otoñal!

¡Oh corriente que llora
bajo los arcos durmientes!
¡Oh agua que ama y retoña
tras el Velo henchido
de la Noche Loba, loba!
Loba. Tu cara de ángel
se ha demudado en furiosa
loba hierve mi entraña de hiedra
loba se ha vuelto la sangre
loba mi ansia cautiva
loba el alma que aúlla
lobas la noche y la aurora.

ANNA VERA ANNA

Anna Veranna
tú vas, yo retorno.
¡Oh Anna, mi hermana
mi espejo en el Tiempo!
yo lloro tu lágrima,
yo canto tu verso.
Yo río, tú mar
tú nube, yo viento.
Así, sorprendentes son las vidas
olvido, recuerdo
anillos, cadenas
juventud, tormento.

Pero ha sido sirviéndose de la grafía de los poemas, cómo Mercedes ha conseguido el ejercicio de la elipsis de forma magistral. Los poemas están construidos de una manera singular. En todos ellos, algunos versos muestran, como se ha podido comprobar, una o varias palabras separadas a la derecha. La originalidad consiste en que si se leen verticalmente esas palabras descubrimos unos poemas brevísimos, de una belleza desnuda, y que suponen la pura abstracción, la médula, del poema al que pertenecen.

A modo de ejemplo, el poema inicial. Una presentación de Venecia muy conseguida. Es la fotografía de un atardecer; de una Venecia a contraluz.

TERCIOPELO

Hendiendo va la luz
las piedras oscuras
arriba, lejano azur
purísima belleza
y en la bajura, terciopelo púrpura.
El Alma Vernal,
estremecida
sierpe entre puentes
cautiva
mansa, herida de amor
desliza su penumbra a contraluz
en límpida reminiscencia
empapando de rocío
el terciopelo de la tarde.

Si leemos las palabras que han quedado aisladas nos encontramos con esta síntesis del poema:

lejano azur
terciopelo púrpura
contraluz de la tarde.

Veamos cómo queda la lectura vertical en el caso del poema Venusta:

Vida mía
Vida esculpida!
el cielo
inciertamente malva,
recuerdo opaco.
Ficción,
devoción
Amada mía.

A veces recuerdan, sin serlo, a los haikus:

El alma
me roza
invernal.
Tiembla
amortecida.

En tu pecho
henchido
de hiedra
cautiva
la aurora.

En mi opinión esto es un virtuoso ejercicio de ingeniería poética.

El poeta chileno, Nicanor Parra, galardonado este año con el premio Cervantes, dijo en cierta ocasión: "La poesía se escribe cuando ella quiere". Es cierto, porque cuando las musas se ponen tercas no hay forma; pero a veces, sin saber por qué, hay algo, un chispazo, que nos lleva a la magia de la poesía.

Rafaela Lillo

Un grito al Cielo, de Carlos de la Rúa

Será cuestión de la edad

este olvidarse los sueños,
este renunciar sin gratitud
a utopías y batallas.

El solitario deambular
por la casa vacía,
el hablarle a las paredes
esperando respuesta.

El grito hacia dentro,
el fuego que consume
a un corazón lozano
en un cuerpo ya incapaz.

Va a ser que tantos años
plagados de soledades
van cayendo sin piedad
arrasando paraísos.

Que esta niña que aún repara
sus juegos y sus juguetes
apenas se reconoce
en la sombra del espejo.

Debe ser cosa del tiempo
que pesan tanto los días
en las medias de seda
y en los tacones altos.

Rosa Mª García Castillo

INVITACIÓN A LA LECTURA EN SU INTEGRIDAD DE LA VERDAD SOBRE LOS ATENTADOS DE MARZO

Los atentados del 11 marzo de 2004 constituyen, sin duda, uno de los acontecimientos más escalofriantes de nuestra reciente historia, cuya magnitud y trascendencia ha sido unánimemente asumida hasta tal punto que no parece exagerado considerar que el devenir de nuestro país no hubiera sido el mismo si estos hechos no hubiesen tenido lugar. Sucesos tan importantes y trascendentales son los que han inspirado la magnífica novela titulada *La verdad sobre los atentados de marzo*.

Su autor es nuestro amigo Carlos Candela Ochotorena, que publicó otros textos en nuestra revista, dedicado profesionalmente a la abogacía, integrante de la Comisión Cívica de Alicante para la Recuperación de la Memoria Histórica e impulsor y asesor jurídico de los herederos de Miguel Hernández en los procedimientos judiciales que persiguen la anulación de la sentencia, aún vigente que, en 1940, condenó a muerte al insigne poeta, por lo que obviamente Carlos María Vela, nombre de su supuesto autor, no es sino un seudónimo utilizado por Carlos Candela Ochotorena, que es el que verdaderamente ha escrito la narración de la que incluimos un capítulo en este número de nuestra revista.

En las 190 páginas del relato, de fácil y grata lectura, sobre el entramado de un amoroso y civilizado idilio, se nos narran las circunstancias previas a aquellas trágicas horas que conmocionaron y traumatizaron a todos los españoles, para posteriormente, al hilo de las sesiones del proceso (cuya correcta interpretación y análisis pone de manifiesto la profesionalidad y experiencia jurídica y procesal del novelista), que juzgó a los autores de tan monstruoso atentado, poner al descubierto las terroristas y crueles convicciones y conspiraciones que las hicieron posibles.

La lectura del completo relato puede realizarse de forma gratuita accediendo a la página web www.bubok.es *poniendo el título: "La verdad sobre los atentados de marzo"* o adquiriendo en esta misma página la edición completa de la novela por el precio de 14,81 euros.

Por nuestra parte, dejamos constancia de nuestro agradecimiento a nuestro amigo Carlos Candela Ochotorena por permitirme trascribir uno de los capítulos de su interesante novela para los lectores de Auca y recomendamos que, con uno de los procedimientos indicados, disfruten de la integridad de la obra.

Manuel Parra Pozuelo

Capítulo 12.-

Aproximadamente a la hora en que la policía practicaba las detenciones de musulmanes, Giulia estaba llegando a Madrid en vuelo directo desde Roma. Me acerqué a recibirla ansioso por darle un abrazo y por conocer cómo le habían ido las cosas en su país, con su marido. Pero lo primero que me preguntó fue por el atentado y durante el trayecto hacia su casa hablamos de las diferentes versiones que se daban en el extranjero y en España sobre el particular:

En Italia, desde el primer momento se ha sostenido que se trataba de un atentado islamista, comentó mientras me explicaba que siguió con interés lo que se decía en los telediarios. Incluso se hablaba de las primeras pruebas de una furgoneta que contenía material similar al utilizado en las explosiones.

Sí, mujer, tienes toda la razón, pero ya sabes que en ocasiones te he dicho que esta gente de derechas siempre ha tenido al resto de los españoles por tontos y así nos está tratando en esta ocasión.

Pero aunque no lo crean, seguí diciéndole, algunos pensamos por nuestra cuenta y ayer ya se suscitaron las primeras suspicacias. Ahora veremos qué noticias nos dan hoy, porque tengo la impresión de que la policía va por un lado y el gobierno nos quiere llevar por otro.

Pues he visto a ratos la BBC -Giulia hablaba inglés bastante bien- y los comentarios e hipótesis eran las mismas que en Italia...

De esta forma discurrió nuestro encuentro en la mañana del sábado mientras nos dirigíamos a su casa. Cuando llegamos, me pidió que subiera y que comiéramos juntos. <<Paola debe estar esperando y, sin duda, algo habrá hecho para que los tres nos lo podamos repartir y comer sin pelearnos>>, comentó con guasa.

Nos quedamos juntos toda la tarde y estuvimos pendientes de las comparecencias del ministro, que era el único portavoz del gobierno. En ocasiones aparecía acompañado de su segundo, Sr. Estarloa, para ratificar sus palabras e impresiones.

A media tarde, el Sr. Acebes compareció, de nuevo, en televisión para informar a los ciudadanos. Contó, sin que se le cayera la cara de vergüenza, que la policía había practicado siete detenciones de ciudadanos marroquíes e indios, pero, a pesar de ello, se mantenía la de ETA, como principal hipótesis respecto a la autoría del atentado.

Cualquier marciano que hubiese aterrizado en ese momento en España hubiese deducido que parecía poco sostenible ya la hipótesis de ETA, de modo que a los españoles que no éramos tontos del todo, ni socios del partido popular, era difícil hacernos creer la conjetura del ministro, porque, además, dijo también, que los detenidos estaban relacionados con compra de teléfonos móviles marca Triumph, como el encontrado en la mochila de Alcalá de Henares. Por añadidura, uno de los marroquíes detenidos podía estar relacionado con el atentado de Casablanca ¿Esto no era bastante aún? ¿Por qué se detenía a marroquíes si a quienes se buscaba era a los de ETA? Finalmente, como quiera que algún periodista de los que acudieron a la rueda de prensa, le preguntó al ministro si, con estos datos se descartaba la investigación sobre la banda ETA. El Sr. Acebes contestó sin inmutarse que no, que esa vía aún quedaba abierta.

Es decir, para aclararnos -le comenté a Giulia después de escuchar al ministro para que conociera la argumentación que estaba utilizando el gobierno-, la versión es la siguiente:

La policía encontró en un tren una mochila con dinamita como la empleada en los atentados, además de un teléfono marca Triumph utilizado como temporizador que, tal vez, no funcionó de malo que era (los terroristas tenían poco dinero). En la furgoneta (robada) localizada cerca de una de las estaciones de los trenes explotados, se encontró material igual al utilizado en los atentados y una cinta hablada en árabe. Por otro lado, la policía acababa de detener a varios marroquíes que fueron los que compraron los teléfonos Triumph, como el encontrado en la bolsa, o mochila, que no explotó, utilizaron el tipo de dinamita de marca española, igual al utilizado por ETA veinte años atrás, porque, después solo usaron Tetadine, de marca francesa.

Con tales antecedentes ¿Tu deducirías que ha sido ETA, o más bien te inclinarías a pensar que han sido islamistas, como se dice en Italia?

Giulia se rió sin poder contenerse.

Si no fuera tan grave y tan doloroso, yo diría que están de broma, comentó mi amiga.

Pues no lo están, ya lo has visto. Lo que pretenden es mantener la mentira para ver si así ganan las elecciones que, a mi juicio, empiezan a tenerlas feas, porque, aunque crean lo contrario, la gente sabe pensar y sacar conclusiones por su cuenta. Y la versión oficial de este asunto huele muy mal.

Sobre todo, dijo Giulia de nuevo, me parece una torpeza. Los electores se les pueden volver en contra.

A continuación le relaté lo ocurrido los dos días anteriores y las esperpénticas explicaciones dadas a las embajadas y al Consejo de Seguridad de la ONU.

No puedo creerlo ¿Han sido capaces de eso?

Sí, hija. Es la profunda torpeza de un hombre insignificante que se cree genial y, sin embargo, no ve más allá de sus narices. Si hubiese tenido sensibilidad y una mínima categoría de hombre de estado, habría reunido a todos los representantes de los partidos y mostrado un frente común de todo el país. Entonces creo que, incluso, podría volver a ganar con mayoría absoluta, porque, los ciudadanos, en circunstancias como esta, se aglutinan en torno al poder, en torno a los hombres que ya se conocen. Pero Aznar siempre se inclina por lo más retorcido o por lo que a él le resulta más fácil: mentir y manipular, en lugar de usar la inteligencia. Aunque... la verdad, siempre he creído que no la tiene… ¿cómo iba a usarla?

A media tarde del sábado poca gente creía ya al ministro del interior. Las emisoras de radio, en especial la SER, comenzaron a difundir la noticia de que la policía, desde el viernes, tenía por descartada la conjetura de ETA como autora de los atentados, incluso se filtró la noticia de que los expertos policiales consideraban que el abandono de la furgoneta era la "firma de autor" de los atentados. La indignación de los ciudadanos por la forma de manejar el gobierno este asunto, condujo a que en las sedes del Partido Popular de algunas ciudades se concentrara gente profiriendo insultos y llamándoles mentirosos. Entonces, Rajoy cometió un nuevo error, hizo una comparecencia en televisión denunciando tales manifestaciones, a su juicio, ilegales. Ello dio lugar a que, desde el Partido Socialista se hiciese también otra comparecencia, aunque esta vez, el compareciente no fue el

candidato, sino uno de los dirigentes más conocidos, el Sr. Pérez Rubalcaba, y dijo algo demoledor que estaba ya en la mente de todos los ciudadanos: “los españoles no se merecen un gobierno que les mienta”.

El domingo 14, las elecciones se presentaban afectadas por el impacto de los atentados, pero, también, por la exasperación de una gran parte de los votantes. En esta ocasión la jornada de reflexión tal vez podría haber servido para algo: para que los ciudadanos se diesen cuenta de las mañas de Aznar y su partido. Pero ahora las mañas no habían colado como en otras ocasiones y, lo que era peor para los Populares, no les quedaba tiempo para enredar y manipular poco a poco, como solían hacer. Alguna prensa de la derecha, dándose cuenta de la situación para los suyos, hizo lo que pudo tratando de presentar la atribución a ETA de los atentados, como fruto de una precipitación y, viendo la que se venía encima, no se privaron de advertir que si ganaba lo oposición -que, según su particular versión, tenía las encuestas desfavorables-, el resultado estaría viciado.

La democracia, como es sabido, no es un sistema perfecto de gobierno, pero tiene la ventaja sobre otros de que, al menos de vez en cuando, los ciudadanos pueden elegir a sus gobernantes y decidir sobre la gobernación de un país. Ya se sabe que existen infinidad de medios y de formas de influir en la voluntad de los electores, los órganos de comunicación actuales tienen instrumentos, personas y gran poder de convicción para dirigir a las masas. El modelo de vida y de sociedad prepara las mentes para que los ciudadanos tengan en cuenta, a la hora de votar, determinados intereses concretos de su vida privada coincidentes con los grandes intereses del sistema. El ambiente que nos rodea favorece determinadas opciones que los partidos se preocupan en ofrecer al margen de su ideología y, con frecuencia, en contra de ella. Todo este tipo de influencias se inducen poco a poco -puesto que no todos somos iguales-, de forma indirecta o con raciones leves de convicción. Pero lo que no es posible dominar a corto plazo es la indignación repentina de un pueblo que se siente engañado de modo manifiesto. Y esto lo sabían los manipuladores profesionales, de aquí los artículos de prensa del día 14 de Marzo tratando de suavizar la actuación de Aznar y los suyos y de desviar su responsabilidad en las mentiras.

Carlos María Vela*

* En la edición a la que nos referimos, su supuesto autor es Carlos María Vela que, como hemos señalado, encubre la personalidad de Carlos Candela Ochotorena.

Tiempo de soledad

Era otro tiempo…
Y aquel lugar
que habíamos compartido tantas veces,
olvidó nuestras charlas y silencios.

Y yo también,
como ese tiempo que ya había pasado,
como el lugar aquel
que no nos recordaba,
tenía que olvidar.

Y solitario me quedé en mi olvido,
el alma rota,
el corazón turbado
apenas con latidos…

Y tanto me dolía mi soledad
que me dije a mi mismo:
¿para qué caminar
si junto a mí
ya no podré tenerte?

Y pensé que morir
era la única forma
de quedarme a tu lado para siempre.

Miguel Gutiérrez García

Dos sillas, de Carlos de la Rúa

Centenario de MH

¡Qué son cien años, Miguel!
Apenas un guiño de estrella
un parpadeo de la Vida infinita
un fulgor de luz en la memoria
insondable de los cristales.

Cien años. Nada, un suspiro
en los ijares de la Tierra
tras el parto telúrico
una gota en la magnitud
universal del agua.

Cien años. Nada, un destello
de flama enamorada
un beso oblicuo
un diminuto crack en los pliegues
del tiempo.

Cien años…
Levedad, impermanencia…
Y sin embargo
el tiempo necesario
para cargar en el alma
aunque efímeras, las heridas
que llevamos dentro
y el bálsamo delicioso
de tus versos.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

Luces, de Carlos de la Rúa

RINCÓN DEL ARTISTA CACHORRO

A este alevín un día le dije “envíame algún texto sobre ti, tu vida, tus ilusiones, el mundo en que te mueves, para elaborar una breve presentación con lo que me cuentes”. Esta fue su respuesta con comillas y todo.

"Vengo de un lugar donde los sueños expiran, y las ilusiones se olvidan, pues el gobierno se quiere librar de este suburbio.

Mi nombre es Victoria, aunque me llamen Viki, estudio en el I.E.S Las Lomas en 4º de E.S.O de humanidades y tengo 16 años.

Sueño con escribir un libro y escapar de las garras de la pobreza y la miseria."

Y punto. Ante tal rotundidad, tan sincero impulso, sólo puedo decir “chapó”, chiquilla, y acto seguido con toda humildad y salero, quitarme el sombrero negro de ala ancha que a menudo llevo, arrojarlo al mar de las esperanzas y luego darme punto en boca, aprender la lección y guardar silencio.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

TINIEBLAS

El eco resuena, la fría noche se acerca, gélida en mí recae; latidos acelerados, fría soledad, llanto apaciguado. El aire se me va.

La negrura mi impide ver todo, lo único que puedo vislumbrar es que el cielo se oscurece.

Pataleo sin cesar, intento luchar, trato de agarrarme a las paredes pero el hueco entre piedra y piedra es demasiado insignificante.

Aún recuerdo el día en que decidí venir a este pueblecito en medio de la nada, donde todos los recuerdos empiezan, y donde acabarán.

Mi mundo se hace pequeñito, me encojo sobre mí y aleteo en balde; la negrura me atrapa y tira de mí, me reclama.

Aún recuerdo aquellos tiempos de felicidad, recuerdo el campo, recuerdo esos momentos en que el cielo parecía una extensión del mar, las vacas, los caballos y… Sobre todo a Leire, aquella chica tan hermosa como un atardecer otoñal; cada rasgo suyo cuando fruncía la frente; un rostro angelical. ¡Oh, la belleza que jamás se puede consumar!

Tengo el brazo derecho entumecido y la garganta me arde a rabiar, la tos me dificulta la respiración. Una fuerte bruma me anega los pensamientos.

-¡Auxilio!- Grito con mi último aliento. -¡Auxilio! ¡Por favor!- Pero la voz termina por quebrárseme y la negrura tira con más fuerza.

Con las uñas consigo encajarme; las paredes están tan resbaladizas que comienzo a deslizarme y apretando los dientes trato de agarrarme con ambos brazos.

Un dolor desgarrador me perfora y a continuación soy rociado con liquidez carmesí. Baja desde los dedos y desciende como alma que arrastra el diablo hasta los hombros.

¡Oh Leire! que hasta en el más profundo calvario, tu rostro prevalecerá en mi mente como un dulce resonar; la hermosura del arcángel Remiel.

“Crack”, resuena un duro trastazo, los brazos empiezan a resbalar, ya comienza el hundimiento.

¿Qué es esta nauseabunda fetidez que me embarga por completo? Noto un retortijón en la boca del estómago.

Profunda amargura, llena de locura, pierdo la razón…

Hago acopio de mi último empeño pero los brazos no se mueven, el frío comienza a devorarme nervio a nervio, músculo a músculo hasta que finalmente empiezo a hundirme con torpeza, un golpe en la cabeza.

La sensación de caída hace que mis ojos se abran y un halo de luz me golpea; al fin de día… Intento incorporarme lentamente y, conmocionado, lanzo una mirada furtiva a mis alrededores, reconozco el azul añil,

reconozco los jazmines adornando la inmensidad con diversos colores, el piar de los ruiseñores que aletean sin cesar, el fluir de un extenso río cristalino, como un terrible déjà vu; sin embargo no sé quién soy, qué hago aquí, y apenas tengo fuerzas para levantarme, suspiro apesadumbrado mientras contemplo a mi alrededor buscando un referente de mí mismo.

¿Quién… Quién soy yo?

La luz golpea mis facciones con rudeza, casi con crueldad y el sol ha alcanzado su mayor esplendor.

Aunque eso no me importa, el ambiente cálido y protector, el apacible murmullo del viento me susurra al oído palabras de consuelo, las dudas y preocupaciones se dispersan haciendo que me sienta mejor. De nuevo me tumbo y me dejo embargar por la nada de mis pensamientos.

La hierba suave y húmeda, como el confort de una cama blanda y de algodón.

Las nubes se asemejan a esponjosos algodones acaramelados. De alguna forma mi verdadero yo estaba conectado a este lugar, mas era lo único que me quedaba de mi verdadero ser.

Contemplo por un instante nuevamente todo el paisaje intentando captar cada detalle, intentando rellenar la oquedad en mi corazón, la oquedad en mi memoria, memorias que aparecen y desaparecen. ¿Algún día despertaré?

Nada consigue saciar mi sed.

Cierro los ojos y lleno de aire los pulmones, de pureza y grandeza. Me siento como nuevo, la confusión pasa a un segundo plano y mi única preocupación es contar nube por nube, como si fuese más sencillo enmudecer y permanecer aquí siglo tras siglo, en medio de toda esta fantasía.

Una carcajada retumba en medio de este mutismo, una risa alegre y cantarina como la de dos cascabeles. Suficiente como para que un cúmulo de sensaciones se retuerzan en mi estómago.

A lo lejos su cabello incendiado se extiende como una feroz llamarada; la observo desaparecer y la apatía me abruma.

–Espera-. Me incorporó, aunque, para mi sorpresa, con pasmosa facilidad.

–Detente-. Extiendo mi mano hacía ella, pero no se detiene; aumento mi paso en un intento de alcanzarla.

-¡Al menos dime tu nombre!- grito.

Se vuelve y me mira con una profunda melosidad; sus ojos, cuyo resplandor verde me encandila, reflejaban una compasión que no alcanzo a comprender.

Ella sólo vuelve a reírse y pronuncia:

-Lo sabes, siempre lo has sabido.-

Quise decirle que había perdido la memoria y que lo único que alcanzaba a comprender de aquel insólito lugar era ella, ella con su sonrisa alargada, ella con su tímida risa, ella y su camisón blanco meciéndose, envolviéndome; pero no podía. La garganta me escocía y cada vez que intentaba proferir cualquier palabra se me desgarraba, el aire me abandonaba.

-Abre los ojos- dice, pero nuevamente no alcanzo a comprender sus palabras…

En un desliz rodeo con mi mano su muñeca, su mano se vuelve gélida y la calidez de sus mejillas desaparece, se vuelve borrosa, cual enorme manchurrón; el paisaje se empaña, el suelo se resquebraja. ¿Qué sucede?

-¿Hay alguien ahí abajo?-

Ella mueve los labios pero su voz se vuelve ronca y áspera. Nuevamente abro los ojos; a mi alrededor agua y paredes, la cabeza me va a estallar.

-¿Hay alguien en el pozo?

Vuelvo a intentarlo, sin embargo ya solo quiero que esa voz tan grotesca deje de martillearme.

Me impulso con las piernas y parpadeo varias veces. ¿D-Donde…? ¿D-Dónde estoy? ¿A dónde ha ido Leire? ¿Dónde está el prado?

El agua en la cara consigue reavivarme…

-Estoy… Estoy aquí-… pero tan solo sale de mis labios un hilo de voz, y luego todo se oscurece.

Despierto.

Viky Ródenas Picó

BROCHE FINAL

Fotogramas puros seleccionados por el propio artista Carlos de la Rúa, para dar a esta revista como espléndido regalo, un último toque de su creatividad.

Tras los maderos

Dormir en Yakarta

Asociación Cultural
AUCA de las Letras

CAM

Caja de Ahorros
del Mediterráneo

OBRAS SOCIALES

AYUNTAMIENTO DE ALICANTE

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT

DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE